SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

El hombre de cien años

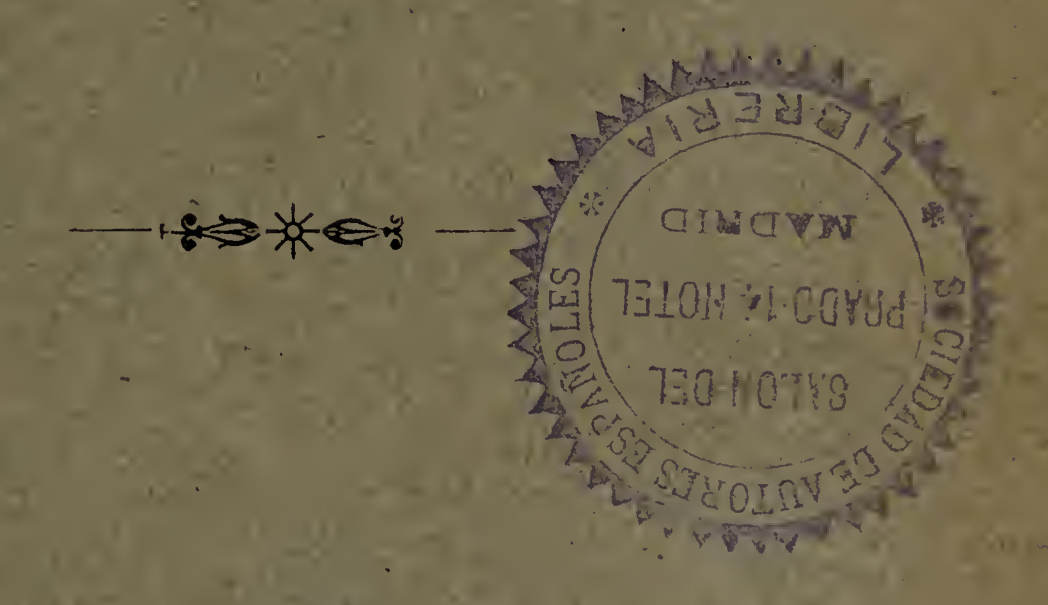
DRAMA

EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

arreglado del francés

POR

VALENTÍN GÓMEZ



MADRID
SALON DEL PRADO, 14, HOTEL
1902

EL HOMBRE DE CIEN AÑOS

EL HOMBRE DE CIEN AÑOS

DRAMA

EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

arreglado del francés

POR

OI= VALENTÍN GÓMEZ, 1843?-1907

Estrenado en el TEATRO DE NOVEDADES la noche del 8 de Noviembre de 1902



MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11
Teléfono número 551

1902

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
CARMEN.....................	SRA.	ECHEVARRÍA.
JULIA......................	SRTA.	RODRÍGUEZ.
UNA PARIENTA...........		ENVID.
OTRA.......................		ESTERQUE.
DON SANTIAGO MENDÍA....	SR.	GONZÁLEZ (D. José)
DON JAVIER...............		VIÑAS.
DON ALFREDO DE LIZARZA.		SÁNCHEZ.
DON ESTEBAN DE MURUAGA		BASSÓ.
DON RICARDO..............		PALACIOS.
DON MARTÍN...............		JEREZ.
JUANCHO....................		FERNÁNDEZ.
PEDRO.......................		CASTILLA.
ESTANISLAO...............		JORGE.
LUIS..........................		BERNÁLDEZ.

Niños, obreros y parientes

Época actual.—En las inmediaciones de Bilbao



ACTO PRIMERO

Parque de una fábrica. En el fondo izquierda del ramaje, se ve la parte superior del edificio con la alta chimenea de los hornos. A la derecha en primer término el ángulo de un pabellón, al cual se sube por dos escalones. Mesas y sillas de campo.

ESCENA PRIMERA

PEDRO, JULIA, RICARDO, ESTANISLAO, UNA PARIENTA, UN PARIENTE, OTROS PARIENTES y varios NIÑOS.

(Al levantarse el telón Pedro lee un periódico y Julia á un lado, parece preocupada y triste. Los demás personajes van y vienen.)

PARIENTA (A Ricardo.) Usted dispense, ¿pero usted también será de la familia? Como nos vemos todos tan pocas veces es posible que seamos parientes y no nos conozcamos.

RIC. No señora; no soy de la familia, pero soy de la casa, como el señor (Indicando á Estanislao.) que es el cajero... el hombre más honrado que conozco.

ESTAN. Gracias, don Ricardo.

RIC. ¡Un cajero intachable! No es de los que viajan en compañía de los fondos.

PARIENTE (Dándole la enhorabuena.) Sea enhorabuena. Quedan ya pocos de esa raza.

ESTAN. En la fábrica del señor Mendía la honradez es hereditaria... y contagiosa.

RIC. Es verdad: se respira en la atmósfera como el oxígeno.

ESTAN. Veinte años hace que estoy en la casa y aquí pienso morir, si Dios quiere. A mi vez presento á ustedes á don Ricardo, Doctor... en Derecho..

RIC. (Sonriendo.) Abogado.

PARIENTE ¿De la casa? ¿Hay aquí muchos pleitos?

ESTAN. Ninguno. (Ricardo y él se miran sonriendo.)

RIC. Este señor sí que es pariente de ustedes por concomitancia. Don Pedro de Plasencia, hermano de don Romualdo, capitán de Marina, casado con doña Julia Mendia... (Julia hace una inclinación de cabeza como asintiendo y saludando.)

PEDRO (A Julia.) Mi hermano me encarga que le dé noticias tuyas, y temo decirle que de algún tiempo á esta parte estás triste y pálida...

JULIA (Vivamente.) Triste y... ¡Oh! no. Algo delicada... pero te ruego que no se lo digas á mi marido... Esto es pasajero.

PEDRO Me libraré muy bien. Sería capaz de desertar del buque y abandonarlo en medio del Atlántico por volar á tu lado...

JULIA ¡Tanto tiempo ausente!..

PEDRO La vida marítima es así: no es vida de familia.

JULIA No por cierto: no es vida de familia.

PEDRO Lo que has de hacer es distraerte. La fiesta de hoy te animará un poco. Gran fiesta ¿eh, amigo Ricardo?

RIC. De estas hay pocas en el mundo.

JULIA Bien satisfactoria para el pobre anciano en cuyo honor se celebra.

RIC. El padre común de la familia, que hoy cumple cien años como si tal cosa.

PEDRO Por eso ha convidado á todos los parientes, chicos y grandes.

RIC. Noé rodeándose de cuatro generaciones...

ESCENA II

DICHOS, ALFREDO y MARTIN. Este con traje algo raído. Llegan por el fondo precedidos de JUAN

ALF. ¿El señor Mendía?
PEDRO ¿Cuál de ellos?
ALF. (Leyendo en una tarjeta que ha sacado del bolsillo.) Don Santiago.
RIC. (Aparte.) Me esperaba esta visita. ¡Ja! ¡ja!
PEDRO Están ustedes en su casa.
MAR. ¡Hombre! Don Ricardo, el Doctor...
RIC. (Bajo) ¡Silencio! (Alto.) Sí, señor don Martín, sí; su amigo de usted Ricardo Fuentes, Abogado de los Tribunales del reino.
MAR. (Aparte) ¿Abogado?
RIC. Pero supongo que se trata de algo más que de reconocerme á mí...
ALF. En efecto, y ya que ésta es la casa del señor Mendía, ¿podríamos tener el honor de verle?
RIC. Algo difícil es en este momento...
MAR. Nos trae un asunto gravísimo.
PEDRO Yo soy como de la familia de don Santiago, y si ustedes quieren decirme...
RIC. Yo sé á qué vienen estos señores.
ALF. ¿Usted?
RIC. Fuí testigo de la cuestión y afirmo que pueden ustedes hablar con toda libertad...
ALF. No delante de estas señoras...
JULIA Retirémonos, prima... (Julia y la parienta se van hacia el fondo.)
ALF. El asunto es el siguiente: Ayer algunos jóvenes y yo vinimos á almorzar á ese restaurant que hay en el camino de Bilbao. Don Martín vino con nosotros.
MAR. Pero no en calidad de joven ni siquiera de convidado. Detesto las comilonas... Necesitaba hablar á uno de estos jóvenes y llegué al fin del almuerzo... Pero siga usted, Alfredo.
ALF. Algo excitados por el Champagne, salimos á tomar café al jardinillo que hay detrás de

la casa y allí se empezó á hablar de dinero... en un lenguaje... demasiado naturalista.

MAR. *In vino veritas.* ¡Pero que *veritas*! Uno se había comido la hacienda de su padre... y empezaba á meter el diente en la de un tío. Otro estaba tragándose á su tercer hermano.. aquel digería á un primo carnal: este... Pero siga usted, Alfredito, siga usted.

ALF. De pronto, de una habitación baja cuyas persianas cerradas impedían ver á la persona que hablaba, sale una voz colérica que dice: ¿qué pillería es esa que está ahí?»

MAR. Figúrense ustedes la que se armó. ¡Canalla! ¡Granuja! ¡Cobarde!.. En fin... Pero siga usted, siga usted.

ALF. Nos levantamos furiosos, nos dirijimos hacia la ventana...

MAR. No hubo manera de abrirla á pesar de las amenazas y los gritos. Yo impedí que la rompieran...

ALF. Lo único que conseguimos fué.. esta tarjeta que el ofensor dejó caer á través de la persiana.

MAR. Los ofendidos han encargado al señor que viniera aquí... en representación de todos. Y yo he querido acompañarle en calidad de amigable componedor... Porque lo que es á mí que no me vengan con lances.

ALF. Pero yo tengo el deber de pedir una satisfacción á don Santiago Mendia.

TODOS (Con asombro.) ¡Satisfacción!

ESCENA III

DICHOS, SANTIAGO y CARMEN

(Don Santiago viene por el fondo, apoyado en el brazo de Carmen. Todo elmundo viene al proscenio.)

SANT. ¿Satisfacción? Estoy á sus órdenes, caballeros.

ALF. ¡Usted! (Sorprendido al ver a mismo.)

MAR. ¡Oh!

SANT. ¡Santiago Mendía, soy yo! Tal vez estuve ayer un poco vivo, pero, ¿qué quieren ustedes? El fuego de la edad. Y no es broma. A los veinte años todavía no es uno dueño de sí mismo. A los ciento ha dejado ya de serlo.

ALF.
MAR. } ¡Cien años!

SANT. Con ellos á cuestas, repito, señores, que estoy á sus órdenes. (Sonriendo.)

ALF. ¡Oh, señor!...

MAR. ¡Don Santiago!

CAR. (Sonriendo.) ¡Cómo! ¡Estos señores venían á desafiar á nuestro abuelo!

ALF. Crea usted, señorita, que si hubiéramos sospechado... (Aparte.) ¡Qué hermosa criatura!

SANT. ¡No se hubieran ustedes atrevido á pedir cuentas á un siglo de carne y hueso!

MAR. ¡Válgame Dios, y qué pequeños debemos parecerle nosotros á usted que ha visto tan grandes cosas!

SANT. (Con énfasis) ¡Oh! En mi tiempo, señores, en mi tiempo... (Riendo.) ¡Ah, ah! En mi tiempo, hijos míos, se hacían las mismas tonterías que en el vuestro.

MAR. ¡Oh!

ALF. ¿Lo dice usted de veras?

SANT. No es este el lenguaje ordinario de los viejos, ya lo sé; pero es que no han vivido más que sesenta ó setenta años y recuerdan su pasado embellecido por las ilusiones de su primera juventud, mirando el presente con la amargura de sus desengaños... Yo, que miro desde más lejos, ó tal vez desde más alto, y que no tengo ni ilusiones ni desengaños, yo, digo, hijos míos, que los hombres de hoy son poco más ó menos como los de ayer...

CAR. ¿Los hombres nada más, abuelo?

SANT. Y las mujeres también... Todas hijas de la misma Eva.

MAR. Eso sí.

SANT. La única diferencia que hay entre un tiempo y otro consiste en que entonces no se ha-

cían las fortunas y los negocios al vapor, y ahora sí; pero es porque el vapor no se había inventado todavía.

MAR. Es verdad...

SANT. (Con afectada gravedad.) Pero volvamos á nuestro duelo.

ALF. ¡Oh, señor, por Dios! (Mirando constantemente á Carmen.)

RIC. Volvamos al duelo, sí, y ya que los adversarios están presentes, permítanme ustedes, señores, que dé alguna explicación. Pues fué el caso, que don Santiago y yo salimos á dar una vuelta por el camino de Bilbao. Cansados del paseo se nos ocurrió entrar en el restaurant de *Los dos amigos* á tomar un refresco, acomodándonos en la habitación cuya ventana da al jardín. Desde allí oíamos perfectamente lo que ustedes decían, y aquello era para encender la sangre á un santo de piedra. Yo fuí el que apreté las persianas para que ustedes no abrieran y dejé caer la tarjeta, con lo cual tranquilicé á don Santiago, á quien un acceso de violenta cólera puede ocasionarle un grave accidente.

SANT. ¿Quién era capaz de oir sin indignación aquellas atrocidades? Había uno que para tener dinero á cuenta de la herencia de su padre, ofrecía un pagaré en esta forma: «Cuando muera papá pagaré al portador la cantidad de...»

ALF. Yo le hice callar.

SANT. Sí, sí; oí á alguien que decía con brío: «Basta, señores, esto es asqueroso.» Me parece que era su voz de usted; la reconozco. (Levantándose. A Martín.) Había otro joven que se burlaba de los demás.

MAR. (Riendo.) Ese otro joven era yo.

SANT. Pero cuidado con el pagaré. (Indignado.) «Cuando muera papá..» ¡Miserable! ¡Era cosa de ahogarle!

ALF. (Con gravedad.) Señor Mendía, yo le pido á usted perdón por la locura de mis camaradas y por mi complicidad en ella. Y si ellos no

aprobasen mi conducta, le aseguro á usted que nos veríamos las caras.

MAR. Y yo seré su testigo.

SANT. ¿Pues no la han de aprobar?

CAR. (Aparte á Julia.) ¿No es verdad que es muy simpático este joven?

JULIA (Distraída.) Sí; mucho.

ALF. Señor Mendía; siento haberme puesto en ridículo con mi extraña comisión... pero sentiría más que me negase usted el honor de estrechar su mano.

SANT. ¡Oh! Las dos... y con toda el alma. (Alfredo se las estrecha con efusión.)

MAR. (Aparte.) Me encanta este viejo.

ALF. (Saludando.) Señoras. .

MAR (Idem.) Señores...

SANT. Un instante: falta algo todavía. (Movimiento general.)

PEDRO ¿Cómo?

ALF. ¿Qué?

SANT. Los duelos acaban generalmente con una herida, con un rasguño ó con un banquete. En éste no hay herida, ni siquiera rasguño: es preciso, pues, que haya...

MAR. (Aterrado.) ¿Banquete?

RIC.
PEDRO } Claro está.

MAR. ¡Virgen Santísima!

SANT. Aquí va á celebrarse mi aniversario. ¡Esta tarde á las seis cumplo un siglo! Acompáñennos ustedes á la mesa, y el duelo habrá terminado... como terminan casi todos.

ALF. Señor, tanta bondad. .

SANT. ¿Usted acepta? Convenido. (A Martín.) ¿Y usted, amigo mío?

MAR. Yo... La verdad... es que... (Vacilando.)

SANT. ¿Vacila usted?

MAR. (Con sentimiento.) Es que aquí probablemente se comerá muy bien.

SANT. (Sonriendo.) Supongo que sí... ¿Acaso no le gustan á usted las buenas comidas?

MAR. ¿Que si me gustan? .. Pues por eso precisamente me espantan.

SANT. ¿Cómo?

MAR. Es que temo hacerme glotón, francamente.
SANT. ¿Glotón?
MAR. Tengo para eso unas disposiciones aterradoras. Nadie me verá jamás parado delante del escaparate de ningún restaurant. Al contrario; doy á lo mejor grandes rodeos por no verlos. Sólo con recordarlos se me hace la boca agua, y á fin de vencer esta pícara inclinación, en la comida tomo un huevo, patatas fritas y queso, y en la cena, queso, patatas fritas...
SANT. ¿Y un huevo?
MAR. No, señor; sin huevo.
RIC. ¡Sobriedad de anacoreta!
MAR. Es que sea usted glotón con seis mil reales de sueldo y una hija que mantener...
RIC. Una hija encantadora.
MAR. ¿Verdad que sí? (Vivamente.)
RIC. Pero, en fin, ¡qué diantre! Una golondrina no hace verano; por esta vez....
MAR. Ciertamente... por una vez... Bueno; acepto. (Aparte.) ¡Pero mañana dieta rigurosa!
SANT. Hasta luego, pues, amigos míos.
ALF Hasta luego... y gracias .. Señoras...
MAR. Señores... señoras.. (Saludando.) ¡Oh! sí (Aparte.) mañana ¡á pan y agua! (Alfredo y Martín se van.)

ESCENA IV

LOS MISMOS menos ALFREDO y MARTÍN

SANT. Me gusta ese muchacho. ¡Ah! ¿Y mi nieto? ¿Dónde está mi Javier? (Siéntase.)
CAR. Me parece que ha ido á dar las gracias á nuestro salvador.
PEDRO ¿Vuestro salvador?
JULIA ¿Qué significa?
SANT. Sí; una aventura en que á poco más salen mal parados Javier y Carmen.
CAR. Eso á lo menos parecía.
SANT. Lo que es las señales...

JULIA — No nos has dicho...

CAR. — ¿Qué sé yo?... Después que pasó el lance me hizo un efecto singular Casi me daba vergüenza referirlo á nadie.. Anteanoche, al volver de Bilbao, después que salimos del teatro y no bien habíamos recorrido un kilómetro de la carretera, tres hombres quisieron detener nuestro carruaje con voces amenazadoras.

PEDRO — ¡Entre Bilbao y la fábrica!... Es increible.

RIC. — Verdaderamente.

CAR. — De pronto... dos disparos que se oyen... los hombres que huyen y mi padre que aprieta calurosamente las manos de un heróico y desconocido salvador.

PEDRO
RIC. — ¿Y luego?

CAR. — Nada más.

SANT. — Y basta.. (*Se levanta.*) ¡Ea! me vuelvo á mi cuarto á concluir mis rezos... Que me avisen cuando llegue la hora de la comida... (*Abraza á Carmen, se acerca á Julia para abrazarla también y se para viéndola con la cabeza baja y como entregada á tristes reflexiones.*) ¿Qué tienes?. . ¡Julia!

JULIA — (*Levantando la cabeza.*) ¡Ah!... (*Reponiéndose.*) Abuelo.

SANT. — (*La abraza y se acerca luego á Carmen diciéndola.*) Es algo más que tristeza... Eso es una pena muy honda... Háblala tú... ¿eh?

CAR — Sí, abuelito. (*Bajo.*)

SANT. — Háblala... háblala... (*Yéndose y mirando mucho á Julia. Todos le acompañan hasta que desaparece.*)

PEDRO — (*Ofreciendo su brazo á Julia.*) Hermana mía, toma mi brazo y vamos á dar una vuelta á ver si te distraes.

JULIA — Tienes razón: vamos.

CAR. — (*Aparte á ella.*) Vuelve pronto: tenemos que hablar.

JULIA — (*Idem.*) No tardaré. (*Se va con Pedro.*)

ESCENA V

CARMEN sola, luego ALFREDO

CAR. Sí; dice bien el abuelo... desde que ha venido aquí Julia está muy triste y algo grave nos oculta. Y eso, ¿qué puede ser?... ¡Oh! Yo le haré confesar... (Se vuelve y se encuentra frente á frente de Alfredo.) ¡Ah!

ALF. Usted dispense.

CAR. ¿Tan pronto de vuelta?

ALF. Es que... mi padre... tiene también una fábrica... aquí cerca...

CAR ¿Y se llama? (Con temor.)

ALF Lizarza.

CAR. ¡Ah! (Con disgusto.)

ALF. Cuando he vuelto á casa, mi padre se ha sorprendido de verme tan alegre. Yo le he dicho que estaba invitado á comer aquí... Al oir el nombre de Mendía, mi padre frunce el entrecejo, me mira de un modo particular... y en fin, acabo por saber...

CAR. Que la competencia empezó por hacer rivales á nuestros padres y ha concluído por hacerlos casi enemigos ¿no es verdad?

ALF. ¿Usted sabía?...

CAR. Sí; y por eso al oir su nombre de usted...

ALF. Yo que he hecho mi carrera en Bélgica, ignoraba que mi padre y el de usted... Realmente es una cosa muy desagradable... Después de haber prometido mi asistencia.

CAR. ¿Viene usted á anunciar que no le es posible concurrir al banquete?

ALF. Señorita, mi padre me ha dejado en libertad de hacer lo que me parezca. Pero le conozco bien, y temo disgustarle.

CAR. ¡Ah! no: no le disguste usted.

ALF. (Bruscamente.) ¿Y es posible que una simple rivalidad industrial, haya llevado las cosas á este punto?

CAR. La rivalidad al principio... el orgullo después.... y por fin, el aumento de jornal á los

operarios en una fábrica para que abandonasen la otra..

ALF. ¿Y no habría medio de arreglar eso?

CAR. Hace ya años que dura el encono.

ALF. No, no habrá arreglo, de seguro... Mi padre es tenaz. Y estando así las cosas, yo no debo... (Hace que se va.)

CAR. ¿Se marcha usted?

ALF. ¿Qué quiere usted que haga?

CAR. Alguien podría aconsejarle á usted...

ALF. Eso deseo; que alguien me aconseje, y si fuera usted...

CAR. No soy yo. Es un hombre que tiene algo de sobrehumano, porque juzga las cosas desde un punto de vista más elevado que el del interés y del orgullo.

ALF. ¿Quién?

CAR. Mi bisabuelo... El abuelo, como le llama todo el mundo.. (Señalando el pabellón.) Ahí está... Consulte usted con él y haga usted lo que él le diga.

ALF. ¡Voy allá!... señorita .. ¿me permite usted que le diga que es usted quien me manda verle?

CAR. ¿Por qué no, si es verdad?

ALF. (Con efusión.) ¡Gracias! (Entra en el pabellón y sale Julia.)

ESCENA VI

CARMEN y JULIA

JULIA ¿Tienes que hablarme, Carmen?

CAR. O tú á mí.

JULIA ¿Yo?

CAR. Tú, sí... porque tú estás pálida y triste... porque tú tienes una pena que en vano tratas de ocultarme: y yo sé que necesitas desahogar tu corazón en el mío.

JULIA (Conmovida.) ¡Oh! no... Carmen, te equivocas.

CAR. Julia... no es tu hermana quien va á hablarte... no es á tu hermana á quien tienes tú que contestar...

JULIA ¿Qué quieres decir?

CAR. Recuerda las últimas palabras de nuestra querida madre. Momentos antes de morir me dijo: «Carmen, tú me reemplazarás en esta casa; tú cuidarás de Julia como yo misma y la amarás tan tiernamente como yo os he amado á las dos...» Yo prometí obedecerla y creo que no he faltado á mi promesa. ¿Es cierto?

JULIA ¡Oh! ¿quién lo duda?

CAR. Te he querido como hermana y como madre. He velado por tí hasta el mismo día de tu matrimonio, y aun después te ha seguido mi vigilante cariño por todas partes... ¿No tengo derecho á exigirte que me confíes tus penas?... Julia... (Abriendo sus brazos.) Mi corazón te espera... ven á él y llora... y habla... hija mía.

JULIA (Llorando y arrojándose á sus brazos.) ¡Oh! ¡Madre, madre de mi corazón!

CAR. Ella nos ve y nos escucha. Háblame como á ella y nada me ocultes.

JULIA ¡Ay! Acostumbrada á vivir aquí bajo la protección de todos vosotros, al amparo de tus miradas vigilantes, de tu amor generoso, de tu maternal solicitud... ¡qué sola, qué abandonada y qué débil me ví después de mi matrimonio al lado de mi nueva familia, durante los largos viajes de Romualdo!

CAR. ¡Romualdo... tu marido!

JULIA (Con acento de terror.) ¡Mi marido!

CAR. ¡Qué! ¿No te atreves á llamarle así con la frente alta... y el corazón tranquilo? ¿No le amas? ¿Eres culpable?

JULIA (Con voz sorda.) ¡Sí... soy culpable... estoy perdida!

CAR. ¡Perdida! (Con espanto.)

JULIA Sin más esperanza, ni consuelo... ni otro medio de salvación que la muerte.

CAR. ¡Qué dices, infeliz!

JULIA Cuando llegó el peligro, yo debí buscar un refugio á tu lado donde únicamente podía encontrar fuerza para resistir y vencer. Pero me cegó el orgullo.

CAR. ¡El orgullo!

JULIA ¡Orgullo insensato! ¡Tiempo hacía que se rebelaba contra la indulgente tutela que tú ejercías sobre mí... y confiando en mí misma quise luchar sola y vencer sola.. y no pude y fuí vencida! Aquel hombre, el enemigo de mi reposo, de mi vida y de mi honor, me perseguía con su mirada fascinadora por donde quiera que iba... ¡Oh! Su mirada, como el abismo, espantaba y atraía... No era posible permanecer indiferente ante aquellos ojos de brillo satánico. Inspiraban odio ó amor... Yo huía de ellos, pero ellos perforaban mi alma con su luz siniestra y la enloquecían y la esclavizaban. Para no verlos me encerré en mi casa. Inútil precaución. Un día aquel hombre, de acuerdo con mi doncella—mi ángel malo—se presentó delante de mí. Quise arrojarle de mi presencia. Le increpé... Le insulté. La tenacidad de su mirada pudo más que la violencia de mis palabras, y cuando me cansé de pedir socorro en vano, Satanás pudo regocijarse de haber triunfado una vez más de la flaqueza de la mujer, aunque no de haber conquistado su corazón... ¡no! ¡Le odié! ¡Le odio! ¡Le odio!

CAR. ¡Ah, desdichada de mí! Yo creía haber cumplido fielmente tu mandato. ¡Ay! ¡Cómo debes juzgarme, madre mía!

ESCENA VII

DICHOS y JAVIER, que ha oído las últimas palabras de Carmen

JAV. ¡Carmen!

CAR. ¡Padre! (Turbada.)

JULIA ¡Cielos! (Aparte.)

JAV. ¿Qué falta has cometido tú?

CAR. ¿Yo?

JULIA (Asombrada.) ¡Ella... una falta! ¡Oh!

JAV. Desde allí he oído tus últimas palabras...

«¡Cómo debes juzgarme, madre mía!» ¿Qué significa esto? Quiero saberlo.

CAR. ¿Y usted sospecha?

JAV. No; eres tú quien te acusas...

JULIA Escúcheme usted, padre mío. Carmen es un ángel de bondad. Por la santa memoria de la que ella invocaba hace poco, yo le juro á usted que mi hermana es digna del amor de su padre y del respeto de todos. Lo juro de nuevo.

JAV. Basta ya... He juzgado mal, y no me pesa. Vosotras lo asegurais y espero que el porvenir lo confirmará.

JULIA (Aparte.) ¡El porvenir!

JAV. Dejemos esto, ya que nada debe turbar la fiesta de hoy, ni entristecer el ánimo del abuelo. Anda, Carmen; vé á ver si todo se va preparando para esta tarde.

CAR. Voy al punto. ¿No vienes tú? (A Julia. Ambas dan algunos pasos para irse; Carmen se vuelve hacia su padre.) ¿Por qué no me abraza usted? Puede usted hacerlo sin reparo, padre mío.

JAV. ¡Carmen de mi alma! (Abrazándola. Ellas se van.)

ESCENA VIII

JAVIER; luego ESTEBAN

JAV. Me he alarmado sin motivo. Julia tiene razón: su hermana es un ángel...

JUAN (Entrando.) Don Esteban Muruaga pregunta por el señor.

JAV. Que pase inmediatamente. (Sale.) Señor de Muruaga, sea usted muy bien venido. (A Esteban, que ha entrado.)

EST. Hace un momento he visto en mi casa su tarjeta de usted.

JAV. He ido á dar á usted personalmente las gracias por su noble comportamiento en la noche pasada.

EST. Le ruego á usted que no hablemos de eso.

JAV. Es que sin el arrojo de usted no sé lo que hubiera sucedido.

EST. ¡Por Dios! (Cambiando de conversación.) Yo me hubiera apresurado á venir antes de ahora, si el temor de que usted creyera que había en mi visita algo de usura...

JAV. ¡Usura!

EST. Y en efecto lo es, porque en compensación de un insignificante favor, vengo á pedir otro de mucha más importancia.

JAV. Estoy á sus órdenes en todo, señor don Esteban. Suplico á usted que hable sin temor.

EST. Tengo un apellido ilustre y una fortuna regular. He cumplido treinta años, y hasta la hora presente nada bueno he hecho de mi apellido y de mi fortuna. ¿No le parece á usted que va siendo hora de que el uno y la otra sirvan para algo en el mundo?

JAV. Sirven para que usted los honre, y eso basta.

EST. ¡Ah! no señor. He hecho tonterías, he cometido faltas tal vez; pero conservo íntegra mi conciencia, y ella me acusa de ser un hombre inútil... y no quiero serlo.

JAV. ¡Noble propósito!

EST. Deseo trabajar... La industria es una carrera honrosa, propia de los hombres de nuestro tiempo, y yo suplico á usted que me admita en calidad de aprendiz... de dependiente de esta casa... (Movimiento de Javier.) Mi nobleza tiene envidia de la de usted. Hónreme usted siendo mi maestro.

JAV. Crea usted que estimo en lo que vale esa resolución generosa y honrada.

EST. ¿De manera que puedo esperar?...

JAV. Usted manda en esta casa como dueño.

EST. ¡Ah! No sabe usted bien el favor que me hace... En fin, debo decirlo todo... debo abrirle mi corazón con lealtad. Si trato de de regenerarme, de rehabilitarme á mis propios ojos, es... es porque hace largo tiempo estoy perdidamente enamorado. Nadie más que yo conoce el objeto de mi pasión, y ella misma ignorará este secreto hasta el día en que yo pueda decir á su padre: Pido á usted la mano de su hija, porque ya me

considero digno de ser su esposo. (Aparte.) (Me parece que no lo he dicho del todo mal.)

JAV. Esos sentimientos le honran á usted... Hoy, señor de Muruaga, es fiesta en la fábrica. Háganos usted compañia y mañana elegirá usted el puesto que más le convenga para instruirse y regenerarse. (Sonriendo.) ¡Ah! Esta es una de mis hijas, la que usted conoce. (Por Carmen que ha entrado.)

CAR. Todos los preparativos están terminados, padre mío.

ESCENA IX

DICHOS y CARMEN

JAV. Don Esteban de Muruaga...

EST. Señorita... (Saludando con reserva.)

CAR. Caballero...

JAV. ¡Ah! ¿Y nada más que eso? ¿Es así como recibes á nuestro salvador? (Sonriendo.)

EST. ¡Por Dios, don Javier!... Yo le ruego...

CAR. Perdone usted, padre mío. Ignoraba su nombre.

JAV. Si mal no recuerdo, le conocíamos ya de vista antes de que ocurriese el suceso.

EST. ¡Ah! ¿Ustedes me conocían?

JAV. ¿No tenía usted su butaca en el teatro enfrente de nuestro palco?

EST. En efecto...

CAR. (Con ligera ironía.) Y fué una casualidad tan feliz como extraña que el señor Muruaga saliese del teatro aquella noche antes de terminarse la comedia, precisamente como nosotros, y se encontrase en el camino de la fábrica... para defendernos de aquellos malhechores.

EST. (Aparte.) (¡Diablo de muchacha!) (Alto.) Sí: hay casualidades extrañas; pero cabalmente recibí en el teatro noticia de que se sentía indispuesta una señora anciana parienta mía, que vive en una de estas casas de cam-

po y como en realidad la comedia era poco interesante, se me ocurrió venir á pasar la noche en su compañía.

JAV. Y hé ahí cómo una obra de misericordia fué ocasión de otra más heróica todavía.

EST. ¡Oh!...

JAV. Señor Muruaga, voy á tener el gusto de presentar á usted al jefe de nuestra familia.

EST. ¿Al venerable don Santiago?

JAV. Sí... ¿No sales tú á su encuentro, Carmen?

CAR. ¡Vaya!... (Viendo entrar á don Santiago apoyado en el brazo de Alfredo.) ¡Ah! Me han quitado el puesto.

ESCENA X

DICHOS, DON SANTIAGO y ALFREDO

JAV. (A don Santiago.) Mi querido abuelo, le presento á usted á un amigo .. (Esteban se inclina.)

SANT. (Alegremente.) Mi querido nieto, te presento á un enemigo. (Alfredo se inclina.)

JAV. Enemigo poco temible para nosotros, porque usted se apoya en su brazo.

SANT. Pues así y todo, esta mañana íbamos á cambiar un par de balas. (Riéndose.) Pero usted perdone, señor mío... (A Esteban.)

JAV. El señor de Muruaga, el que nos socorrió anoche á Carmen y á mí.

SANT (Con vehemencia yendo á él.) ¡Ah! Es usted el generoso salvador de... (Mirandole fijamente á la cara y cambiando de tono.) Gracias, caballero, muchas gracias. (Saluda y se separa de él con frialdad.)

CAR. (Bajo á don Santiago.) Me parece que no le gusta á usted mucho este amigo de mi padre.

SANT. Prefiero el nuestro. (Por Alfredo. Alto.) Javier, yo te presento á mi vez á don Alfredo de Lizarza.

JAV. (Sorprendido.) ¿De Lizarza?

SANT. Hijo de nuestro vecino.

JAV. (Aparte.) (De nuestro rival.) (Alto.) ¿Y á qué debemos el honor?. .

SANT. Más tarde te explicaré... ¡Jé, jé!

JAV. (A Esteban.) Ya no le falta á usted conocer más que á mi segunda hija.

SANT. (A Carmen.) ¿Y dónde está nuestra Julia? (Bajo.) ¿La has hablado?

CAR. (Turbada.) Sí... ya la he hablado... ¡Ah! Aquí viene.

ESCENA XI

DICHOS, JULIA. Después JUANCHO, MARTÍN, DOS NIÑOS y los OBREROS. Julia se dirige á Carmen, con quien habla en voz baja

JAV. (Presentándola á Esteban.) Mi hija Julia, esposa del capitán Plasencia.

JULIA (Aterrada.) ¡Ah!

EST. (Aparte.) ¡Julia!

CAR. (Aparte á Julia.) ¿Qué tienes?

JULIA (Idem á Carmen.) ¡Es él, Carmen, es él!

JAV. ¡Vamos, Julia!... (Indicándole que salude á Esteban.)

JULIA (Volviéndose con trabajo.) ¡Padre mío!

EST. (Saludándola con ceremonia.) ¡Señora!... (Aparte.) (Su hermana!...) ¡Un obstáculo insuperable! (Con resolución) Un obstáculo... si soy débil... un puente... si soy fuerte. (Julia, pálida y temblorosa, le saluda, clavando en él los ojos. En este momento se oyen gritos alegres. Todo el mundo se dirige hacia el fondo, excepto Carmen, que sostiene á Julia á punto de desvanecerse, y Esteban, que vuelve al proscenio.)

JUA. (Acercándose á Julia.) ¿Qué tiene señorita?

JULIA ¡Nada, nada!

SANT. ¡Ah! Creo que esta es la hora de la gran sorpresa. (Alegremente. Los niños entran por el fondo, trayendo ramos de flores. Juancho y los obreros los siguen. Dos de ellos traen una mesa de gran tamaño.)

NIÑOS ¡Abuelo! ¡Viva el abuelo!

TODOS ¡Viva!

SANT. (Conmovido.) Gracias, gracias, ángeles míos... Quisiera abrazaros á todos, porque á todos os amo por igual .. ¿Ves, Carmen? Estaba preparado para todas las sorpresas... y, sin

embargo, estos diablejos me conmueven y... ¡nada! que estoy llorando.

CAR. ¡Abuelito!

SANT. Es que he visto tantos pequeñuelos en un siglo.. Los he visto nacer y marchitarse en torno mío como florecillas nacidas alrededor de una vieja encina... Pero vosotros no moriréis, hijos míos: al contrario: creceréis en la santa fe de vuestros padres, y en el amor á la patria española que necesita de nuevas generaciones que le presten la savia del entusiasmo para regenerarse y prosperar... Vosotros quizá la veréis algún día levantarse de nuevo y volver la vista á sus antiguos esplendores sin avergonzarse de sí misma... me lo dice el corazón... este corazón que desafió las balas de los enemigos de la patria, y que las desafiaría hoy mismo si fuese necesario...

RIC. Bien, bien.... Ya basta de emociones... Yo las prohibo... yo...

SANT. ¡Sí, que usted no está emocionado también!

JAV. Padre, la comida espera.

SANT. ¡Pues á la mesa!... ¡á la mesa!

MAR. (Entrando.) ¡A la mesa!... Y yo que creía llegar tarde. (Suena un reloj.)

SANT. (Levantándose.) ¡Silencio!... (Todo el mundo calla.) Cuatro... cinco... seis... ¡Las seis! (Con dulzura y solemnidad.) ¡Hijos míos, acabo de cumplir cien años! ¡Un siglo os bendice! (Bendiciéndolos á todos que se humillan con respeto profundo.)

NIÑOS ¡Viva el abuelo!

TODOS ¡Viva! (Cuadro animado. Mientras se van colocando en la mesa, cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Un gabinete decorosamente amueblado con puertas laterales y otra al fondo. Una mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA

ESTEBAN, luego DON JAVIER

EST. (Concluyendo de escribir una carta.) Me parece que mi acreedor se dará por satisfecho. Verdad es que no le mando dinero, pero en cambio, le doy esperanzas... esperanzas realizables en cuanto yo obtenga la mano de Carmen. ¡Su dote! He ahí mi salvación, y la de mis acreedores.

JAV. (Entrando.) No se moleste usted, amigo Esteban.

EST. He concluído. Estaba escribiendo á un deudor.

JAV. Algún crédito poco importante sin duda.

EST. El crédito es respetable; el que vale poco es el deudor. (Se mete la carta en el bolsillo.) Estoy á sus órdenes.

JAV. Vengo á pedirle á usted noticias.

EST. ¿Noticias?

JAV. ¿Sabe usted si los periódicos de Bilbao anuncian la vuelta del vapor «Vizcaya» y del «Aguila»?

EST. No señor, no hay noticia ninguna de esos dos vapores.

JAV. ¡Ninguna! Y casi todo el cargamento de esos dos buques es nuestro.

EST. (Vivamente.) De la casa.

JAV. Cerca de tres millones de valor.

EST. (Con interés.) ¡Tres millones! Pero es imposible que no venga asegurado todo.

JAV. Naturalmente: todo el cargamento está asegurado: pero me inquieta mucho la suerte de la tripulación.

EST. (Tranquilizándose.) ¡Ya lo creo! ¡Pobres marinos! ¡qué profesión tan penosa la suya! Y sin embargo, yo hubiera seguido esa carrera, si por tal medio hubiera podido llegar. .

JAV. (Sonriendo.) A ese misterioso objeto de que me habló usted hace seis meses cuando se presentó usted aquí por primera vez.

EST. Y que en varias ocasiones he querido revelarle á usted... pero me ha faltado valor.

JAV. ¿Por qué? No le inspiro á usted bastante confianza?

EST. ¡Confianza!... ¡La tengo en usted tan grande! ..

JAV. ¿Entonces?

EST. Sí, don Javier, debo hablar al fin... porque veo llegada la hora de abrirle á usted francamente mi corazón.

JAV. Ya escucho.

EST. Cuando vine á esta casa le dige á usted. Estoy enamorado, pero mi amor permanecerá secreto hasta el día en que me juzgue digno de ella... hasta el día en que pueda hablar á su padre y decirle: señor, perdonará usted mi atrevimiento si le pido...

JAV. (Sonriendo.) ¿La mano de Carmen? (Se levanta.) Hace tiempo que ese gran secreto no lo era para mi.

EST. ¡Qué oigo! ¿Es posible?... ¡Ah don Javier! De su decisión de usted depende mi porvenir y mi vida.

JAV. No soy yo, mi querido Esteban, quien tiene que decidir en ese asunto.

EST. ¿Cómo? ¿No es usted, padre de Carmen,

quien puede disponer de la mano de su hija?

JAV. Sobre mi voluntad existe otra voluntad que yo respeto, una autoridad ante la cual se inclina aquí todo el mundo. El Jefe supremo de la familia, aquél á quien todos llamamos padre, es el único que dispone del porvenir de Carmen.

EST. (Aparte.) ¡El único! (Alto.) Está bien; pero los viejos como los niños suelen tener á veces prevenciones caprichosas... y temo que yo no haya logrado merecer las simpatías de don Santiago.

JAV. Confíe usted en la rectitud de aquél noble corazón para desvanecer todas sus prevenciones injustificadas; y si además mi hija accede...

EST. Hablaré á don Santiago.

JAV. Con el consentimiento de Carmen.

EST. (Con intención.) ¡Oh, sí! Con su consentimiento. (Aparte.) ¡No faltaba más! Yo la obligaré á consentir.

ESCENA II

DICHOS, RICARDO y DON MARTÍN. Esteban va á salir cuando entran Ricardo y Martín

RIC. Buenos días, don Javier.

MAR. Señores, tengo el honor... (Esteban hace como que se va.)

JAV. ¿Qué tal está hoy el enfermo? (A Ricardo.)

RIC. Mi enfermo pasea tranquilamente por el jardín, del brazo de Carmencita.

EST. (Aparte.) Están juntos... Esperemos.

JAV. No hay con qué pagar el sacrificio que usted hace dedicándose completamente al cuidado de nuestro querido viejo.

RIC. No es sacrificio, es un placer, es una especie de venganza que tomo de su mala voluntad contra los médicos.

MAR. Lo comprendo.

RIC. Los detesta cordialmente, porque no han sa-

bido conservarle íntegras sus cuatro generaciones de hijos. Y como su robusta constición no ha necesitado del auxilio de los que él, con bastante dureza, llama *matasanos*, no quiere ni oir hablar siquiera de ninguno de mis colegas.

MAR. ¿De veras?

JAV. Pero á su edad, con la cosa más pequeña puede producirse un gran trastorno, y por eso determinamos tener siempre un médico á su lado.

RIC. Siendo yo el elegido.

MAR. Sí; pero con la condición de que el médico se ocultaría...

JAV. Bajo la capa del abogado.

EST. Cien años es una longevidad extraordinaria, señor don Ricardo, y hacerle vivir algún tiempo todavía, á milagro podría atribuirse

RIC. ¡Oh! Don Santiago es un Hércules, y sospecho que puede vivir todo lo que le dé la gana.

EST. Salvo... algún incidente.

JAV. Procuramos que no lo tenga.

MAR. O alguna emoción demasiado viva.

JAV. Sabemos evitarlas.

RIC. Acerca de eso, no son ni las grandes alegrías ni las grandes penas las que yo temo. Sería para él más peligroso un arrebato de cólera.

TODOS ¿De cólera?

RIC. Me espantó el día que le ví exaltarse en la fonda contra aquellos jóvenes. Su rostro, encendido como la grana al principio, se puso en seguida lívido como la muerte... sus labios se agitaban convulsivamente... sus ojos lanzaban rayos y su voz parecía el trueno. Creí que después de aquel acceso iba á caer muerto en mis brazos.

EST. De modo que un ataque violento de cólera...

RIC. Le mataría, seguramente.

JAV. ¿Pero contra quién puede irritarse, rodeado como está del respeto y el cariño de todos?

RIC. Es verdad, y por eso puede decirse que yo estoy aquí de más. Necesito buscar clientes

en otra parte... Y á propósito... ¿Cómo estamos, señor don Martín?

MAR. Mal.

JAV. ¿Mal?

MAR. Y lo peor es que conozco la causa. (A Esteban.) Figúrese usted, amigo mío...

EST. (Volviendo la espalda.) Señores, con permiso de ustedes.. (Se va después que los demás han contestado á su saludo.)

ESCENA III

DON JAVIER, RICARDO y MARTÍN

MAR. ¡Hombre, me gusta la cortesía! Se va cuando yo iba á contarle...

RIC. La causa de su tristeza.

MAR. No es una: son dos.

JAV. ¿Cuales, Dios mío? (Sonriendo.)

MAR. La primera es que como demasiado.

JAV. ¿Y quién le obliga á usted?

MAR. ¡Mi debilidad... mi cobardía!

JAV. ¡Oh!

MAR. ¡Sí, señor, mi cobardía! No retiro la palabra; mis buenos propósitos, mis juramentos de sobriedad, mis luchas con las sugestiones pérfidas de mi estómago... todo, todo se lo ha llevado Pateta. (Con tristeza.) Y usted, señor don Javier, tiene la culpa.

JAV. ¡Yo!

MAR. Usted, por haberme convidado tantas veces á comer. La buena mesa ha podido más que yo, y aquí me tienen ustedes hecho un gastrónomo verdaderamente abominable.

RIC. ¡Oh! ¡Señor don Martín! (Como escandalizado.)

JAV. No veo en ello tan grave mal.

MAR. ¿Que no? Glotón... con seis mil reales de sueldo... y en Bilbao, donde á cada paso tropieza uno con tentaciones irresistibles... Esas limonadas con jamón y capones de Bayona... Esas pastelerías de cuyos escaparates me alejaba en otro tiempo temeroso de mi mismo, y que ahora contemplo con deleite

saboreando de antemano todos los placeres de la mesa. . ¡Ah! ¡Señor don Javier! ¿Sabe usted lo que me ocurre? que yo me diga al verme delante de una lubina á la vinagreta que parece guiñarme el ojo... ¡No; no entraré ahí! .. no me seducirás... y al poco rato entro... y me dejo seducir... y salgo con el estómago lleno de espantosos remordimientos.

RIC. ¿De remordimientos... ó de lubina?

MAR. De las dos cosas. Y esto me sucede con tanta frecuencia que .. vean ustedes... estoy engordando como un bárbaro. No puedo ajustarme el pantalón... los botones del chaleco saltan... y todo por usted, (A Javier.) por sus exquisitas comidas que yo maldigo, que yo quisiera no haber probado nunca .. porque no puedo disfrutarlas todos los días.

JAV. Pues véngase usted á comer diariamente.

MAR. (Vivamente.) ¿Diariamente? Aceptado. (De pronto.) ¡Dios mío! ¡Qué vergüenza. ¡Es decir, qué poca vergüenza!... Pero no importa. Aceptado, don Javier, aceptado. No lo puedo remediar.

JAV. Mejor que mejor.

RIC. (Riéndose.) ¡Este pobre Martín!

MAR. ¡Y tan pobre! Pues si yo fuera rico, ¿qué me importaría ser gastrónomo? Al contrario. Tendría una mesa de príncipe para convidar á los amigos.

RIC. (Mirándole fijamente y con seriedad.) Si usted fuese rico, ¿eh?... ¡Ya!

MAR. Sí señor... sí... (Turbado.) ¿Qué diablos quiere decir?

JAV. A propósito, señor don Martín. Ricardo nos ha dicho que tiene usted una hija encantadora.

MAR. ¿Encantadora?... ¿Ha dicho que es encantadora?

RIC. Lo he dicho, sí señor... ¿Y cómo está?

MAR. Mal.

RIC. ¿Mal... también?

MAR. Y esa es la segunda causa de mi tristeza. Cuando digo mal... no digo bien, porque no está mal, pero tampoco está bien.

RIC. ¡Ah!
MAR. Es que no habla palabra.
RIC. Es raro.
JAV. En su edad.
MAR. Y sobre todo en su sexo.
RIC. ¿Y qué razón hay para ese obstinado silencio?
MAR. ¿La razón? Pregúnteselo usted á un pícaro á quien ella miraba con buenos ojos.
RIC. ¡Ah!
MAR. Antes venía con frecuencia á vernos y estaba galante y expresivo con ella...
RIC. ¡Ah!
MAR. Pero de pronto suspendió sus visitas...
RIC. ¡Ah!
MAR. Y cuando yo le hablo de ella, de la pobre muchacha que ha tenido, á mi parecer, la debilidad de amarle, contesta: «¡Ah! ¡ah!» (Imitándole.) como si no me entendiese... Sin embargo, yo no puedo meterle á mi hija por los ojos.
RIC. Claro está que no puede usted hacer eso: no señor. (Con afectada gravedad.)
MAR. ¿Lo cree usted así?
RIC. ¡Lo creo así!

ESCENA IV

DICHOS, DON SANTIAGO, CARMEN

SANT. ¡Ah! Gracias á Dios que le encuentro á usted, señor abogado.
RIC. ¿Me necesita usted?
SANT. Sí... ¡Hola, don Martín!
MAR. Señor don Santiago.
SANT. (A Javier.) ¿Tú también? ¿Y qué tal... qué tal van los negocios?
JAV. Perfectamente.
SANT. Y de Julia, ¿qué noticias?
JAV. Desde que se marchó á Vitoria no ha escrito una letra.
SANT. Le escribirá á Carmen.
CAR. ¿A mí?...

SANT. Naturalmente. (Riendo.) Entre las madres y las hijas pocas veces deja de haber algunos secretillos... ¡Jé, jé!

MAR. Siempre alegre y con una salud á prueba de bomba. Parece imposible, con la edad que tiene.

SANT. ¿Mi edad? Pues si no hay nada más fácil que llegar á cien años... Los noventa y cinco primeros cuestan algo... pero como se haya procurado tener limpios el estómago y la conciencia durante esos noventa y cinco, los demás vienen solos.

RIC. Sobre todo, si no se hace caso ninguno de los médicos.

SANT. ¡Por supuesto! Hombre, me entusiasma este buen Ricardo, porque todavía detesta más que yo á esos mentecatos de médicos.

RIC. (Con desprecio.) A esos imbéciles.

MAR. A esos bribones.

SANT. A esos malhechores doctorados.

RIC. A esos verdugos con título.

SANT. Eso es... eso es... ¡Cuidado que los conoce bien!

RIC. ¡Si los conozco! ¡Ya lo creo!

MAR. (Sacando el reloj.) ¡Ah! con permiso. Es la hora de mi oficina... Señorita... señores...

JAV. (Levantándose.) Hasta luego ¿eh? Ya sabe usque le esperamos á comer.

MAR. ¡A comer! ¡Oh! sí... Hasta luego, señores, hasta luego (Golpeando su vientre.) ¡Una comida más, infame! ¡Bueno te estás poniendo, sinvergüenza! (Se va.)

ESCENA V

DICHOS, menos MARTÍN

JAV. Pero vamos á ver, amigo Ricardo, ¿no ama usted á la hija de Martín?

RIC. Sí, señor.

SANT. ¿Y por qué no se la pide usted á su padre?

RIC. Todos los días me la está metiendo por los ojos, á pesar de que él dice lo contrario.

CAR. Pues cásese usted con ella.

RIC. (Con rabia.) ¡Casarme!... Ustedes acaban de oir á ese pobre hombre lamentarse, como de un crimen, de las debilidades que tiene con su estómago.

SANT. Sí... ¿y qué?

RIC. ¿Qué? que ahí donde ustedes le ven tiene más de un millón de capital.

JAV. y CAR. ¡Un millón!

SANT. Vamos, ¡hombre!

RIC. Un millón doscientos mil reales próximamente.

SANT. ¡Imposible!

RIC. Yo he visto su cuenta en casa de su banquero, á quien le estoy curando un... digo le estoy defendiendo un pleito.

SANT. ¿Y el mismo banquero le ha dicho á usted?...

RIC. Me preguntó un día como ustedes ahora que por qué no me casaba con la hija de Martín, y al contestarle: «porque no tengo lo suficiente para mantenerla,» me replicó: «pero ella tiene de sobra para los dos,» y no queriendo yo dar crédito á sus palabras, me enseñó los libros donde ví con mis propios ojos, que ascendían sus fondos á sesenta mil duros. Desde aquel momento no volví á poner los pies en casa de Martín.

CAR. ¿Y por qué?

RIC. Señorita... Usted seguramente no vacilaría en hacer rico á su marido: pero un hombre pundonoroso pocas veces consiente en vivir á espensas de su mujer

JAV. Tiene razón.

SANT. Tiene razón.

JAV. ¡Ea! Hasta luego, padre.

SANT. Hasta luego. (Javier le da la mano á Ricardo y se va.)

ESCENA VI

DON SANTIAGO, CARMEN, RICARDO

SANT. Abora hablemos del importante asunto que venía á consultar con usted, mi querido abogado.

RIC. (Aparte.) ¡Caracoles! (Alto.) ¡Cómo! ¿Hablar de negocios delante de Carmen? Se va á aburrir.

SANT. ¡Oh! Es que á ella le interesa también un poco.

CAR. ¡A mí! (Coge la labor.)

SANT. Sí, hija mía; ya sabes que corre de mi cuenta el casarte y el dotarte.

CAR. ¡Casarme yo!

SANT. Naturalmente. Además, el matrimonio es una de las cosas mejores que Dios ha ordenado en este mundo ¿verdad, don Ricardo?

RIC. ¡Vaya! Es una cosa buena... hasta cierto punto.

SANT. ¿Cómo hasta cierto punto?

RIC. Digo... porque tiene también sus inconvenientes.

CAR. ¿Cuáles?

RIC. En mi profesión, por ejemplo. Supongan ustedes que después de un día de trabajo largo y penoso, cuando está uno tranquilamente en su casa, durmiendo como un bendito... ¡tilín! ¡tilín! á la puerta.

SANT. ¡Cómo! ¡tilín!... ¡tilín!...

RIC. Sí... un chiquillo que viene al mundo...

SANT. ¡Un chiquillo! (Asombrado.)

CAR. (Bajo.) ¡Adiós! La echó usted á perder.

RIC. (Cayendo en la cuenta.) ¡María Santísima! (Aparte.) Eso es, sí. . Un chiquillo que viene al mundo, y la madre que se muere y va á hacer testamento y desea que su abogado esté presente como abogado y consejero... (Aparte.) ¡Uff! ¡Qué sarta de disparates!... (Alto.) En fin, hablábamos de Carmen... continuemos.

SANT. Es verdad. Pues bien, yo quiero asegurar su

dote, una parte de la cual está colocada en nuestra fábrica: cien mil duros.

CAR. ¡Cien mil duros!

RIC. No es mal bocado.

SANT. El resto, que no sé á cuánto asciende, está aquí en una cartera cuyo contenido vamos ahora á examinar usted y yo.

RIC. Perfectamente. Examinemos. (Aparte.) Para esto cualquiera sirve; aunque sea médico.

SANT. Veamos que es lo que hay utilizable entre estos créditos. (Sacando una cartera de un secreter y dando á Ricardo unos papeles.)

RIC. (Leyendo.) Pagaré á don Santiago Mendía, el día 8 de Marzo de 1842.

SANT. ¿Cuánto?

RIC. Mil duros.

SANT. ¿Y firma?

RIC. Antonio Balaguer.

SANT. No tiene una peseta. ¡Al fuego! (Tira el papel.)

RIC. (Leyendo.) En fin de Enero, treinta y cinco mil reales... y firma Juan Sotillo.

SANT. ¡Uff! ¡Quebrado tres veces! Ese tiene demasiado para acordarse de semejante bicoca... Al fuego.

RIC. (Lee.) Recibí ciento veinte mil reales que me obligo á pagar...

SANT. ¿Quién es ese?

RIC. Sebastián López del Prado.

SANT. Dinero contante. Guarda eso, niña. (Le da el papel.)

RIC. ¡Ah! Este sí que es original. Un recibo de dos mil duros, pagadero á la vista con intereses, y firmado con lápiz.

SANT. ¿De veras?... ¿De quién puede ser eso?

RIC. Lo firma un tal Romero... en Valladolid.

SANT. Romero... En Valladolid... no recuerdo. ¿Qué fecha tiene?

RIC. Tres de Junio de 1830.

SANT. Pues nada... No recuerdo.

RIC. ¿No se acuerda usted de dos mil duros prestados por usted mismo?

SANT. Prestados hace setenta años... ¿Cómo quiere usted que me acuerde? ¿Qué hacía usted hace setenta años?

RIC. (Sonriendo.) ¿Yo?... Verdaderamente que tampoco me acuerdo.

SANT. (De pronto.) Aguarde usted un poco... dos mil duros... año treinta. . Sí... creo recordar... Un pobre joven que iba á suicidarse...

CAR. ¿A suicidarse? (Acercándose.)

RIC. Veamos si usted recuerda...

SANT. ¡Ah! ¡Sí .. positivamente... En Valladolid... Justo... justo... Llevado por la curiosidad entré por primera y última vez de mi vida, en una casa de juego. Por no hacer el papel de mirón puse algún dinero sobre el tapete... Arrojado así, como á la ventura, me iba produciendo ganancias exhorbitantes á costa de un individuo que estaba enfrente de mí y que jugaba siempre á la contraria... Debía estar perdiendo desde el principio de la sesión, porque yo notaba en su rostro las contracciones de la ira; y en la mano mal escondida bajo el chaleco los movimientos nerviosos del que se desgarra el pecho con las uñas. Cuando ya nada tenía que perder, una sonrisa amarga relampagueó en sus labios pálidos y temblorosos... dos lágrimas ardientes oscilaron en sus párpados... y se fué de aquella casa de maldición. Le seguí, y en el portal le dije: caballero, he jugado con usted... No vuelva usted más, me interrumpió, y escarmiente usted en mí. Amo... iba á ser feliz... Todo ha concluído .. voy á matarme... ¿Tanto ha perdido usted? Dos mil duros que no eran míos. Pues yo que estaba enfrente de usted, los he ganado, y no es cosa de que un joven se mate por un dinero que después de todo, no me parece bien adquirido. Acéptelo usted, siquiera por las personas que ama y que no tienen culpa de nuestras calaveradas.

CAR. ¿Y era verdad que le había usted ganado tanto?

SANT. (Sonriendo.) ¡Quiá! hija .. poco más de la mitad: pero yo lo decía para que lo aceptase.

CAR. ¡Oh! !Qué hermoso corazón! (Abrazándole.)

SANT. ¡Valiente cosa!

CAR. Y después... ¿qué?

SANT. ¿Después? Nada. Arrancó una hoja de su cartera, y á la luz de un farol escribió este recibo... (Coge el papel.) El individuo se marchó y no he sabido más de él. ¡Al fuego!

RIC. De ninguna manera. Es de una fecha tan remota que casi equivale á un documento histórico. Guardémosle. (Le pone en la cartera.)

CRIADO (Entrando.) El carruaje del señor espera.

SANT. ¡Ah! El paseo de todos los días... ¡No! más tarde.

RIC. ¿Por qué? Ahora mismo. Basta ya de negocios. Podía subirse la sangre á la cabeza y...

SANT. ¡Bah! ¡bah!

RIC. Y entonces habría que llamar á uno de esos estúpidos...

SANT. ¿Matasanos? ¡Jamás! ¡Vamos! Pero antes iremos á mi cuarto, y luego por el camino seguiré consultando con usted, mi querido jurista.

RIC. Corriente (Resignado.) Seguiremos hablando de negocios.

SANT. (Abrazando á Carmen.) No pienses que vamos á hablar de otra cosa que de tu porvenir, de tu felicidad, hija mía! (Vase con Ricardo.)

ESCENA VII

CARMEN, sola

¡De mi felicidad!.. ¡Quiere casarme!.. Pero ¿con quién?... ¿Conoce por ventura los secretos de mi corazón? ¿Sabe que las rivalidades de familia se oponen á mi dicha?.. ¡Ah! no... Mi felicidad es imposible... Pensemos en la de Julia... ¿Por qué no me ha escrito? Se marchó tan triste, que temo alguna nueva desgracia. . (Entra Esteban. Viéndole.) ¡Ah! (Medio mutis.)

ESCENA VIII

CARMEN y ESTEBAN

EST. Un momento, señorita: yo se lo ruego. Tengo precisión absoluta de hablarla á usted.

CAR. ¿Y qué puede usted decirme que yo ignore?

EST. ¡Ah, señorita! Lo que usted sabe es un crimen que yo no me perdonaré jamás... Cuando yo era un hombre sin conciencia, pero de voluntad de hierro, quise que me amase una mujer joven y bella... y me amó... Esto es lo que usted sabe y lo que á mí me avergüenza. Pero lo que usted ignora, y yo debo decirle, es que estoy bajo el peso de una horrible desgracia.

CAR. ¡Una desgracia!... ¿Ha llegado la hora del castigo?

EST. Tal vez... Pero en ese castigo, ha querido Dios que yo encontrase mi propia regeneración

CAR. ¿Cómo? (Con cierto interés.)

EST. Sí, señorita... Yo siento que soy otro hombre; que mi conciencia ha renacido de sus cenizas, y mi alma se ha transformado al calor de un sentimiento casto y puro que ha venido á sustituir al amor culpable que me arrastró á cometer una verdadera felonía... Amo de nuevo, pero de tal modo, que me espanta la idea de que mis faltas pasadas se levanten entre ella y yo... (Carmen se yergue con altivez.) porque ella conoce esas faltas... y ella, la que adoro de rodillas, es...

CAR. ¡Atrévase usted á nombrarla en mi presencia! (Con suprema dignidad.)

EST. (Friamente, después de una pausa.) ¿Para qué?... Usted la conoce como yo.

CAR. ¿Y ha tenido usted la audacia de creer?..

EST. He creído, señorita, que al consentimiento de su padre...

CAR. ¿De mi padre?

EST. Podría añadir bien pronto el de usted.

CAR. ¡El mío!

EST. Hay ciertamente una desdicha que nos separa; pero hay también un secreto que nos une...

CAR. (Indignada.) ¿Quiere usted hacer de su crimen de usted y del deshonor de mi hermana una arma contra mí?

EST. ¡No!... Pero sé que ama usted á Julia con ternura maternal, y una madre es capaz de todos los sacrificios posibles...

CAR. Ignoro qué abominables maquinaciones me anuncian esas palabras, pero comprendo que usted mentía hace poco, y que usted es el hombre infame de siempre.

EST. (Con fría entereza.) Si eso fuese verdad, usted no tendría más remedio que someterse á mí; porque aquel hombre... el hombre de siempre, si se proponía un fin, llegaba á él por todos los caminos, y saltando por encima de todos los obstáculos. Su voluntad de hierro hizo temblar á muchos hombres, y no tembló nunca ni ante los ojos de una mujer.

CAR. ¡Ah! Usted pretende intimidarme... Se equivoca usted. Aunque me viese obligada á perderme por salvar á mi hermana... hay en esta casa un hombre que me defendería de usted y de mí misma: de usted, porque le ha conocido; de mí, porque ve en el fondo de mi corazón y sabe que en él no cabe nada que no sea honrado.

EST. ¿Quién es ese hombre? ¿El viejo secular acaso?

CAR. Sí.

EST. Ahora lo veremos. (Toca un timbre. Sale un criado.) Pregunte usted á don Santiago si quiere tener la bondad de recibirme. (Se va el Criado.)

CAR. ¿Confía usted?

EST. (Con dulzura.) Permítame usted á lo menos, señorita, que dé este nuevo paso; y si al consentimiento de su padre de usted uniera también el del venerable patriarca de la familia, acaso tendría más ánimo para implorar el de usted.

CAR. Como usted quiera. Pero recuerde usted mis palabras. A ese no le engaña usted: á ese no le hace usted temblar. (Se va.)

ESCENA IX

ESTEBAN; luego DON SANTIAGO

EST. Dicen que tiene voluntad enérgica... pero á los cien años no hay energías posibles. Que yo logre su consentimiento y Carmen se confesará vencida. (Don Santiago sale.)

SANT. ¿Quería usted hablarme?

EST. Le pido mil perdones. Yo solicitaba que usted tuviese la bondad de recibirme.

SANT. ¡No! Iba á salir, me encontré al criado y... aquí me tiene usted. Le escucho, pero le advierto que tengo prisa.

EST. Señor don Santiago, ahora, como otras veces, se me figura que me oye usted con poco agrado .. (Una pausa.) ¿No le soy á usted simpático?

SANT. (Mirándole fijamente.) ¿Y qué más?

EST. Me atrevería á preguntarle á usted respetuosamente: ¿por qué?

SANT. ¿Por qué? ¿Quiere usted saberlo?

EST. Le suplico que me lo diga.

SANT. Pues porque yo no siento al lado de usted lo que un hombre de bien siente cuando habla con otro hombre de bien. Ni más ni menos.

EST. ¿No hay otra razón?

SANT. Oiga usted. Por un privilegio especial, hijo tal vez de mis muchos años, y del cual me asombro yo mismo con frecuencia, leo en los ojos de los demás, penetro hasta el fondo de su corazón; y lo que yo creo ver en el de usted me aterra de tal suerte que me pregunto constantemente qué es lo que ha venido usted á hacer á esta casa... y eso sí que no he podido adivinarlo todavía.

EST. Y es, sin embargo, bien sencillo. Estoy enamorado.

SANT. ¿De quién?

EST. De Carmen.

SANT. ¿De Carmen?

EST. Cuyo consentimiento obtendría yo fácilmente si antes estuviese seguro del de usted.

SANT. Carmen... de usted... ¡jamás!

EST ¿Y si su padre me diese su mano?

SANT. Yo se la negaría á usted.

EST. ¿Y si ella misma consintiese?

SANT. Yo no consentiría nunca.

EST. (Aparte.) Es más duro de lo que yo esperaba. (Alto.) ¿De modo que usted me detesta?

SANT. Amo á Carmen con delirio.. Deseo su felicidad, y desde que usted ha empezado á hablarme estoy oyendo aquí una voz que me dice: «No te fíes de ese hombre... haría desgraciada á tu nieta.»

EST. ¿Caballero?

SANT. (Agitado.) Basta... basta. Carmen no será de usted mientras yo viva.

EST. Entonces.. (Con calma.) Esperaré.

SANT. ¿Esperará usted?.. ¿Qué? ¿Mi muerte? Mi voluntad sobrevivirá.. (Con fuerza.) ¿Lo oye usted? Mi voluntad escrita, inmutable y respetada.. Conozco el medio de evitar ese matrimonio. Un hombre como usted no se casa nunca por amor, sino por la dote, y hoy mismo voy á extender un codicilo en que haga constar que Carmen será heredera de los dos millones que la dejo, á condición de que se case con cualquiera menos con usted.

EST. (Aparte.) ¡Ah! (Movimiento de contracción.)

SANT. ¿Qué le parece á usted mi idea? ¿Verdad que es buena? Pues el llanto sobre el difunto. Ahora voy...

EST. ¡Eso no!

SANT. ¡Eh! ¿Qué significa?

EST. Usted no hará eso, don Santiago: usted no cometerá una acción tan injusta.

SANT. ¿Y será usted quien me lo impida?

EST. Yo le ruego á usted que espere... que reflexione...

SANT. ¡Ea! señor mío: no excite usted mi cólera...

EST. (Aparte.) ¡La cólera!... ¡Ah! ¡Si el obstáculo desapareciera por sí mismo!...

SANT. Paso franco, he dicho.

EST. Una palabra no más. Usted me ha manifestado su opinión respecto de mí, y yo la he oído con paciencia. Oiga usted ahora la mía respecto de usted.

SANT. ¿De mí? ¿Qué tiene usted que decir de mí? (Encolerizándose por grados.)

EST. Ciertamente profesa usted á Carmen gran cariño... pero ese cariño es egoista.

SANT. ¡Egoista! Que mi cariño es egoista... Este hombre no sabe lo que se dice. (Paseándose con agitación.) ¡Llamarme á mí egoista!

EST. (Observándole con satisfacción.) ¡Se irrita! Bien. (Alto.) Sí; usted no la quiere tanto por hacerla dichosa como por la satisfacción que usted tiene de verla siempre á su lado.

SANT. ¿Que yo no deseo ante todo su felicidad?

EST. No: no la desea usted. Usted, como todos los viejos, apetece la dicha propia, pero no la ajena.

SANT. ¡Vamos! O esta usted loco... ó quiere usted trastornarme á mí el juicio. (Exaltándose por grados.)

EST. (Aparte.) ¡Bravo!

SANT. ¿Cree usted que le niego su mano porque me duele que Carmen se separe de mí? (Colérico.) ¡Ah! Le ha molestado á usted que le dijera la opinión que usted me merecía. Pues óigala usted por entero. Le niego á usted la mano de Carmen, porque la conversión de usted, de que se ha valido para introducirse en esta casa, me parece una insigne mentira!

EST. (Aparte.) ¡Muy bien!

SANT. (Con energía.) Porque la generosa abnegación con que usted la salvó una noche, y por cuyo motivo se presentó usted aquí, es otra farsa. (Enardeciéndose.) En fin, le niego á usted á Carmen porque...

EST. (Excitándole.) Acabe usted, ¿por qué?

SANT. Se la niego (Muy exaltado.) porque le odio á usted... porque... (Observándole fijamente y cal-

mándose de pronto.) ¡Ah! es usted más infame de lo que yo creía... En este momento trata usted de matarme...

EST. (Desconcertado.) ¡Yo!

SANT. Sí, señor, sí; de matarme. ¡Y no con un arma cuyas huellas pudieran ser conocidas y descubrir su crimen de usted, no! A un viejo como yo, que tiene un pie en el sepulcro, se le empuja fácilmente... con un acceso de cólera, cae... y se acabó todo... Pero sus ojos de usted le han vendido; y ahora con la mayor tranquilidad del mundo, con la más completa sangre fria, le mando á usted que se vaya de esta casa. Con que... Caballero, no tengo el honor de saludarle á usted (Se va.)

ESCENA X

ESTEBAN, luego ALFREDO

EST. ¡Vencido! ¡Burlado por ese viejo!... Y me arroja además de su casa. ¡Ah! Señor don Santiago; lo que es hasta ahí no podemos llegar. Yo soy también, en cierto modo, individuo de la familia, y no es fácil expulsarme sin más ni más... (Va á salir y se encuentra con Alfredo. Ambos se miran de frente un momento. Esteban desaparece.)

ALF. (Siguiéndole con la vista.) Ese hombre me detesta tanto como yo á él. Milagro será que algún día no tengamos que vernos la caras.

ESCENA XI

ALFREDO, CARMEN

CAR. (Que entra por la derecha, y al ver á Alfredo se detiene, dando un ligero grito.) ¡Ah!

ALF. (Saludando.) Señorita...

CAR. ¿Preguntaba usted por el abuelito?

ALF No; es á don Javier á quien deseo hablar.

CAR. (Admirada.) A mi padre. . ¿á quien no ve usted nunca?

ALF. Pero ahora tengo necesidad de verle... y yo me atrevo á rogar á usted que asista á nuestra conversación.

CAR. ¡Yo! ¿Por qué?

ALF. Y le ruego también que sean cualesquiera las palabras que oiga usted de mis labios, no olvide usted que la amo.

CAR. ¡Oh! Calle usted... ¿y el odio que separa á nuestras familias?

ALF. Pero á mí no todos me odian en esta casa. Por de pronto, don Santiago me busca y y me quiere; y en teniéndole á él de mi parte...

CAR. ¿Eso es verdad?

ALF. Ayer mismo estuvimos hablando largamente. El me preguntaba con tanta curiosidad como si quisiera leer en mi corazón á través de mis palabras. De repente me abrazó diciéndome: Bueno, hijo: Veo que amas á Carmen de veras, y yo te autorizo para que la ames.

CAR. ¿Dijo eso? ¡Ah! Entonces ya le escucho á usted; ya puede usted decir lo que quiera...

ALF. ¿A usted? ¡A usted nada tengo que decirla, sino que la adoro!

ESCENA XII

DICHOS, DON JAVIER

JAV. Déjanos, Carmen.

ALF. Yo le suplico á usted que la permita quedarse.

JAV. Sea. Hable usted.

ALF. (Después de una pausa.) Señor don Javier, desgraciadamente tengo que darle á usted una mala noticia de parte de mi padre.

JAV. De esa parte nunca las he esperado yo buenas.

ALF. De resultas de una conferencia muy seria

que los dos hemos tenido, mi padre me ha dado cuenta... de una desgracia... que á ustedes les aflije...

JAV. (Vivamente.) ¿A nosotros? ¿Qué desgracia?

ALF. Ustedes esperaban la llegada de dos vapores... ¿*La Villa de Bilbao* y el *Aguila*?

JAV. Justamente.

ALF. Los dos se han perdido.

CAR. ¡Dios mío! ¿Los dos?

JAV. (Moviendo la cabeza.) Sí... es una desgracia, y grande... pero que directamente no nos causa perjuicios de consideración.

ALF. Se equivoca usted... El cargamento, es verdad, estaba asegurado.

JAV. ¿Y qué?

ALF. Que una de las compañías que lo habían asegurado en su mayor parte, agobiada por gran número de siniestros, ha suspendido sus pagos.

JAV. ¿Pero eso que usted me anuncia es nuestra ruina?

CAR. ¿La ruina?

JAV. Completa, absoluta.

CAR. (A Alfredo con pena.) ¿Y es usted el que viene á comunicarlo?

ALF. (Aparte á ella.) No olvide usted que la amo, Carmen.

JAV. Acabe usted... Si tiene usted algo más que decirme.

ALF. Pues bien; mi padre ha comprendido que esto era la ruina de ustedes, y como yo acababa de confiarle mi amor á Carmen..

JAV. (Con admiración y amargura.) ¿Su amor de usted?...

ALF. Alfredo, me ha dicho mi padre; ¿tú amas á esa joven reducida hoy á la pobreza? Perfectamente: Vé á don Javier y anúnciale que mañana iré yo á pedirle la mano de Carmen para tí.

JAV. (Sorprendido.) ¿Ha dicho eso?

ALF. Por parte de tu madre, ha añadido, posees seis millones de reales. Si don Javier Mendía te acepta por yerno, tú serás su socio. Anúnciale mi visita, así como al venerable

don Santiago, cuya mano tengo deseo de apretar entre las mías.

JAV. (Conmovido.) ¡Ah! Mi querido Alfredo; su padre de usted vale más que yo... mucho más que yo.. Pero, en fin, para que Carmen sea su mujer de usted es preciso que ella le ame á usted.

CAR. (Vivamente.) ¡Ah! No; por eso, no tenga usted cuidado... (Don Javier la mira y ella baja los ojos.) Me resigno á salvar el honor de la casa.

ALF. (Cogiéndole una mano.) ¡Carmen mía!

JAV. Pero es preciso consultar al abuelo que se ha reservado el derecho de casarte.

ALF. Ya he obtenido su consentimiento... De modo que contando también con el de usted, quiero ser presentado á todo el mundo como su yerno futuro y su socio.

JAV. Pero antes he de ver á su padre de usted. Vamos. (Vanse por la izquierda. Carmen va á seguirlos, cuando la puerta del fondo se abre y aparece Juancho.)

ESCENA XIII

CARMEN y JUANCHO

CAR. ¡Su mujer! ¡Oh! ¡Qué dicha tan grande!

JUA. (En voz baja.) ¡Señorita!...

CAR. ¿Quién?... ¡Ah! ¿Eres tú, Juancho? (Juancho mira con precaución á un lado y otro.) ¿Por qué miras así? ¿qué significa?

JUA. Carta que tengo yo para usted. Me han dicho que entregara yo con cuidado, y nadie viese...

CAR. ¿Una carta?

JUA. Del Valle de Arratia.

CAR. ¿De Arratia?... No conozco allí...

JUA. Yo sí... de allí soy yo pues... y conozco mucho...

CAR. A ver... (Coge la carta y ve la letra.) ¡De Julia!

JUA. ¿De la señorita Julia? ¡Oh, mi señorita... mi hermana de leche..!

CAR. ¿A qué ha ido allí? ¿No dijo que iba á Vito-

ria á esperar á su marido? Veamos. (*Lee mientras Juancho atisba por si viene alguien.*) «Carmen, hermana mía: hace tiempo que no te escribo, y es porque después de haberte confesado mi culpa no me atreví á confesarte mi irreparable desdicha... Hoy que ya no tiene remedio, y que el cielo me castiga de la manera más espantosa, te pongo estas líneas para decirte: hermana de mi alma, voy á ser madre, y voy á morir!.. » (*Hablado.*) ¡Morir!

JUA. ¿Ha dicho morir?... ¿quién, señorita?

CAR. ¡Ah, desdichada! No quiero que muera. Yo debo impedirlo á toda costa.

JUA. Pero...

CAR. Pronto... Un carruaje.

JUA. Abajo uno espera en que ha venido la mujer que trajo el papel. Pero ¿morir quién?... ¿La señorita Julia?

CAR. ¡No! ¡Calla! Dices que una mujer... Iré con ella... y en qué momento me voy... cuando van á venir á buscarme... Mira, dí á mi padre... ¡Oh! no... no. . no digas nada, nada, ni á él, ni á nadie, ¿oyes? ¡Por Dios! Júramelo... ¿Quieres mucho á la señorita Julia, verdad?

JUA. Sangre de mis venas toda daría por ella yo, pues. .

CAR. Bueno, pues no digas nada, nada ó la pierdes. ¿Lo oyes, Juancho?

JUA. Nada, nada.

CAR. Si saben dónde voy me seguirán y descubrirán... ¡No, no, Juancho, nada digas, por la Virgen Santísima!

JUA. Nada diré yo...

CAR. Pero... si no me hallan aquí... ¿qué pensará mi padre?... Mi pobre abuelo... y él sobre todo, á quien amo más que nunca... ¡Oh! ¡Dios mío! ¿qué debo hacer? (*Breve pausa.*) ¡Alma de mi madre, inspírame!... Tú me encargaste que la protegiera, que diese por ella hasta la vida... ¡Oh! sí; tú me dices que la salve, y á salvarla voy... que piensen de mí lo que quieran... Tú me bendices, madre

mía, y ante esa bendición que baja del cielo, nada me importan las injusticias de la tierra. (Se va precipitadamente por el fondo.)

JUA. ¡Señorita!... ¡Señorita!... Se fué... ¿Pero qué ha pasado?... No entiendo yo bien... Morir... señorita Julia... ¡Ah! no; antes por ella yo mi sangre toda.

ESCENA XIV

JUANCHO, DON JAVIER, ALFREDO, ESTEBAN que sale por la izquierda, EL CAJERO, luego DON SANTIAGO, empleados y gente de la casa

JUA Queda hecha su presentación de usted, querido Alfredo.

RIC. Reciba usted mi parabién.

ALF. Gracias, señores, gracias.

EST. (Aparte.) ¡Parabienes algo prematuros!

JAV. Juan, avisa á la señorita que la esperamos.

JUA. (Turbado.) ¿La señorita? El caso es que...

JAV. ¿Qué?

JUA. Que... ha marchado, pues...

JAV ¿Marchado?

TODOS ¡Cómo!

JAV. Habla.

JUA. No sé nada. Se marchó... Recibió carta... no sé... se marchó ..

JAV. ¿Con quién? ¿Cómo?

JUA. Sola... un coche vino... y se marchó en coche... y no sé nada; nada más.

ALF. ¡Es imposible!

EST. (Aparte.) ¿Qué misterio es éste? ¡Yo lo averiguaré! Juancho sabe...

JAV. (Exaltado.) ¿Marcharse de ese modo? Y tú no la has detenido... ¿No nos has llamado?

ALF. Es preciso seguirla.

RIC. Sí: eso debe hacerse.

JAV. ¡Sin perder un momento, vamos. (Don Santiago sale y todos se detienen.)

RIC. ¡Don Santiago!

SANT. (Mirando á todos.) ¡Eh! ¿Qué ocurre? Yo creí encontrar semblantes alegres, y cualquiera

diría que... (Acercándose á don Javier.) ¿Qué tienes tú? Habla.

JAV. (En medio de un gran silencio.) ¿Lo que tengo?... Que Carmen...

SANT. ¡Carmen!... ¿Qué?

JAV. Que se ha marchado.

SANT. ¿Marchado? ¿A dónde?

RIC. (Cogiéndole la mano á don Javier. Aparte.) ¡Silencio! O le mata usted...

JAV. Para volver en seguida. Una carta de la hermana de su madre... la que está en San Sebastián. Ha caído enferma, y quiere ver á Carmen. Ya sabe usted que es su sobrina predilecta... y es claro... Carmen se ha ido con lo puesto.

SANT. Se ha ido... mi Carmen... sin despedirse de mí... ¡Oh! ¡ingrata!... ¡ingrata!... ¿Quién le asegura que me hallará vivo cuando vuelva?.... (Observando y de pronto.) ¿Y quién me asegura que vosotros no me engañáis?

JAV. No, abuelo, no: esa es la verdad.

SANT. Sin un beso, sin un adiós que acaso fuera el último. . Pero tú, Alfredo, ¿tú no le has dicho?...

ALF. (Confuso.) Yo... señor... no pude...

SANT. ¡Ah!... (Observando.) Todos tristes... todos confusos... Me engañais... me engañais... (Con fuerza.)

JAV. Por Dios, señor, yo le aseguro á usted...

SANT. Sí... me engañais, pero mi corazón no me engaña y él me dice que en mi casa ha entrado la negra sombra del infortunio. (Cae sin fuerzas en un sillón. Todos le rodean con interés.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala de confianza

ESCENA PRIMERA

DON JAVIER, ALFREDO, RICARDO

JAV. (*Sentado, triste y como envejecido.*) Y el tiempo pasa, y no hay noticia ninguna de su paradero. Quince días hace ya que se marchó. Por una carta que recibe no se sabe de dónde deja su casa, su padre, su prometido... lo deja todo, en fin... ¡Oh Carmen! ¡Hija ingrata, hija criminal!

RIC. ¡Chist! ¡Más bajo! (*Señalando primera izquierda.*) ¡Si don Santiago oyese!...

JAV. ¡Pobre viejo! ¡El la espera con confianza, con amor! Para él, Carmen está con su anciana tía en San Sebastián, y como de vez en cuando cree recibir alguna carta de su querida nieta...

RIC. ¡Y con qué impaciencia la espera!

ALF. (*Saliendo de su doloroso abatimiento.*) ¡Y con qué pueril alegría trata de leer esas cartas que yo mismo!... (*A don Javier.*) Vea usted: aquí tengo la última que he fingido. Carmen anuncia que por seguir mejorando la salud de su tía, tal vez pronto se halle á nuestro

lado... ¡Ah! ¡Cuánto he sufrido al escribir eso! (Don Javier coge la carta.)

JAV. Pero en fin, por milésima vez, ¿dónde ha ido esa criatura?

RIC. Eso es, ¿y dónde podríamos encontrarla?

JAV. Ya lo hemos intentado todo. Alfredo ha ido á San Sebastián... ¡Nada! Esteban á Vitoria... ¡Tampoco! Allí supo únicamente que Julia había recibido una carta de su marido llamándole desde no sé qué punto.

RIC. De Santander quizá.

JAV. Esteban ha ido también á Zumárraga, á casa de la nodriza de una de mis hijas... ¡Todo en vano! ¡Si no queda nada por hacer!

RIC. (Mostrando la puerta, que se abre, y á don Santiago que sale.) ¡Silencio!

ESCENA II

DICHOS, DON SANTIAGO. Alfredo sale á su encuentro

SANT. Querido Alfredo... Venía á ver si ha habido carta. Hace un siglo que no sé de Carmen.

JAV. Precisamente iba á llevarle á usted la última.

ALF. Y yo me disponía á leérsela á usted, como de costumbre. (Coge la carta.)

SANT. Sí, sí... Al momento, hijo, al momento.

JAV. Nosotros los dejamos entregados á esa agradable tarea. (Vanse todos menos don Santiago y Alfredo)

ESCENA III

DON SANTIAGO, ALFREDO. Luego JUANCHO

SANT. (Mirando la carta.) Vamos, vamos; no perdamos minuto... Léeme esta, ya que mis ojos, ni aun con gafas, me permiten hacerlo por mí mismo. (Dándole la carta) Anda, hijo, siéntate y lee.

ALF. Vamos allá. (Leyendo.) «Abuelo de mi vida:

empiezo abrazándole á usted con toda la ternura de mi corazón.»

SANT. Y yo á ella... hija de mi alma.

ALF. (Siguiendo.) «En seguida le participo á usted que estoy muy bien de salud.»

SANT. Hombre... lees eso de un modo... Lo mismo que si dijera: «Le participo á usted que tengo calentura.»

ALF. (Continuando.) «Pido á Dios, abuelito mío, que le conserve su robustez y su energía.»

SANT. ¡Oh, oh, qué frase! (Riendo.)

ALF. «La tía va mejorando mucho, y pronto me dará permiso para marcharme ¡Si viera usted qué deseos tengo de darle á usted un abrazo!»

SANT. ¡Oh, mi gloria!

ALF. (Leyendo con emoción.) «Espero que en mi primera carta le anunciaré á usted el día de mi llegada.»

SANT. (Con alegría.) El día de su. . (Transición.) ¡Pero hombre, si has leído también eso con una frialdad!

ALF. ¡Yo! .. ¡Al contrario!

SANT. Nos dice que va á venir. . y tú como si tal cosa... ¿No quieres ya á mi Cármen?

ALF. ¡Que si la quiero! No hay dicha en el mundo para mí sin ella. (Con emoción)

SANT Entonces, ¿por qué lloras? ¿Porque va á volver?

ALF Es de alegría... de... Soy muy feliz, don Santiago, muy feliz.

SANT. ¡Pobre Alfredo! Lloras como un niño. ¡Ah! Cuando ella vuelva, hemos de hacer pagar caras estas lágrimas... ¡vaya!... Por de pronto, yo no la abrazaré... no señor... Y tú... Lo que es tú, de seguro te faltará tiempo para arrojarte á sus pies como un tonto. Conozco bien esas debilidades. En mi larga vida he olvidado muchas cosas... muchas... pero mi primer amor, ¡bah! aunque viviera cien años... (Vivamente) Digo, otros cien años más, ¿eh? no lo olvidaría... ¿Pero qué diablos haces ahí mirándome con los ojos llenos de lágrimas? Sigue leyendo, hombre... sigue...

ALF. Sí, sí; continúo. «En todo este tiempo tan largo, no crea usted, padre mío, que dejo de verle en mi memoria y en mi corazón...» (Dejándose llevar de la impetuosidad de sus pensamientos; don Santiago le sigue escuchando.) Yo sí que te veo á tí, Carmen adorada, pura y hermosa como siempre, y nunca me acostumbraré á la idea de perderte.

SANT. ¿Qué está diciendo este muchacho? (Suena la campanilla del llamador de fuera.)

ALF. (Con ansiedad.) ¡Ah! ¡Dios mío! Si fuera ella... (Yendo á la puerta.) Corro á ver.

SANT. ¡Alfredo!

ALF. Es verdad. (Deteniéndose.) La impaciencia me trastorna.

JUA. (Entrando.) Don Pedro de Plasencia.

ALF. (Desalentado.) ¡Ah!

SANT. Pedro... que pase.

ESCENA IV

DICHOS y PEDRO

PEDRO Querido abuelo.

SANT. Ven acá, hijo, llegas á tiempo. ¿Cómo dejas á tu hermano?

PEDRO Muy bien; deseando venir á abrazarlos á todos.

SANT. ¿No ha visto á Julia?

PEDRO No; todavía no. La ha escrito citándola aquí. Debe llegar muy pronto. ¿Y qué tal? ¿no hay novedad ninguna?

SANT. ¿Novedad? Sí; alguna novedad hay.

PEDRO ¿Cuál?

SANT. Que Carmen se casa.

PEDRO Lo celebro tanto; eso prueba que ha encontrado un hombre digno de ella. ¿Y quién es él?

SANT. Don Alfredo Lizarza. Ahí le tienes.

PEDRO Le felicito á usted: lo primero por haber merecido á Carmen, y luego por haberla obtenido. (Dándole la mano.)

ALF. (Con pausa.) Señor Plasencia. .

PEDRO Y será usted muy dichoso. Carmen es un ángel.

SANT. Como su hermana.

PEDRO Ciertamente. Ella ha llevado la felicidad á Romualdo, el cual sólo siente tener que interrumpirla con frecuencia. ¡Ah! El amor de un marino no se parece á ningún otro. En la separación, ¡cuánta amargura! En la vuelta, ¡cuánta dicha y qué nueva siempre!

SANT. Ya podía pedir la excedencia y abandonar esa vida tan azarosa.

PEDRO Cuando se emprende una carrera, hay que aceptarla con sus ventajas y sus inconvenientes.

SANT. Es verdad. Pero al cabo del tiempo, el calor de la familia atrae á quien realmente la estima...

PEDRO Como estima él la suya... á ustedes... á todos .. ¿Qué más? Si ha hecho escala en San Sebastián sólo por ver á la tía Paulina...

ALF. (Aparte.) ¿Qué dice?

PEDRO No era gran sacrificio después de todo...

ALF. (Aparte.) Si pudiera advertirle... (Alto.) Señor Plasencia...

PEDRO ¿Qué? (Siguiendo á don Santiago.) Precisamente me ha dado muchos recuerdos para usted.

SANT Sigue mejor, ¿eh?

PEDRO Impedida como usted sabe, pero con intención de hacerle á usted competencia.

SANT. Para eso no tiene más que prescindir de los médicos. Estoy seguro de que ellos son los que la han puesto enferma. ¿Y Carmen?

PEDRO (Sorprendido.) ¿Carmen?

ALF. (Balbuciendo y con presteza.) Perdone usted, don Santiago... pero... yo... creo que el señor Plasencia no habrá comido y .. Venga usted... venga usted al comedor.

PEDRO He comido en Bilbao.

SANT. Conque, Carmen, ¿qué tal?

ALF. (Aparte.) Va á saberlo todo.

PEDRO Indeciso.) Carmen... Aun no la he visto, pero supongo que ..

SANT. (Nuevamente.) ¿Que no la has visto?

PEDRO ¿Dónde?

SANT. En San Sebastián con su tía.

PEDRO ¿A Carmen?

SANT. Sí, á Carmen, que ha ido á cuidarla en su convalecencia.

ALF. Quizá se habrá puesto ya en camino cuando don Pedro...

PEDRO Pero, señor, si cabalmente la tía se quejaba de que no ha recibido carta de Carmen en mucho tiempo.

SANT. (Temblando y reparando en Alfredo.) ¿De modo que no habéis visto á Carmen ni tu hermano ni tú?

PEDRO No.

SANT. ¿Ni su tía ha estado gravemente enferma?

PEDRO Tampoco.

SANT ¡Ah! ¡Luego me han mentido!... ¡Lo que yo sospechaba!... (Cogiendo la carta que Alfredo ha dejado caer.) ¿De quién es esta carta? ¡Me han mentido! (Animándose por grados.) Todo el mundo me ha engañado. (A Alfredo.) Y tú, también tú .. (Gritando.) Pero yo quiero verla. ¿Dónde está? ¡Yo quiero verla! ¡Carmen! ¡Carmen!...

ESCENA V

DICHOS, DON JAVIER, RICARDO y ESTEBAN

JAV. ¿Qué hay?

SANT. ¿Dónde está Carmen? Tú eres su padre... tú debes saberlo. ¿Por qué me han engañado, por qué? ¡Ah! sí... Lo adivino.. Lo sé... Hija... hija mía... mi hija está enferma...

ALF. ¡No, no!

SANT. ¡Mi hija ha muerto!

JAV. Yo le juro á usted que no.

SANT. ¿No? Pues que venga ahora mismo, quiero verla. ¿No comprenden que no quiero á nadie más que á ella... á ella sola?... ¡Si por ella vivo!... ¡Por mi Carmen de mi alma!... Y si no la veo... sabedlo... me iré tras ella... me moriré... sí, sí... me mor... (Dando un grito al ver á Carmen que se presenta en la puerta foro.) ¡Ah!..

ESCENA V

DICHOS y CARMEN

(Pálida y vacilante recostada en el quicio de la puerta.)

SANT. (Tendiendo los brazos á ella.) ¡Ella!

TODOS ¡Carmen!

SANT. Ella es... sí.. mi Cármen... mi hi... (Abrazándola con efusión.) ¡Hija! ¡hija mía!.. vives... ¡Y creí que habías muerto!..

CAR. (Atolondrada.) ¡Muerto!

SANT. Sí... Eso creí. ¿Pero dónde estabas? ¿Porqué me han engañado? (A Javier y á los demás) Ahora ya podeis decírmelo todo.

RIC. Hace quince días enfermó de pronto.

SANT. (A Carmen.) ¿De veras?

CAR. ¡Es verdad que he sufrido mucho... mucho!

SANT. (A Carmen.) Y aún no estás repuesta. Parece que sufres todavía.

CAR. No es nada... la emoción... la dicha de verle á usted.

SANT. Lo comprendo.. También yo me siento débil. . (Sonriendo y vacilando de nuevo.) Temo haber sido demasiado dichoso...

JAV. (Sosteniéndole.) ¡Padre!

TODOS ¿Qué tiene?

SANT. No es nada... un poco de debilidad.

RIC. Necesita usted descansar, don Santiago.

JAV. Sí; debe usted ir á su cuarto.

SANT. Bueno, bueno: en seguida, en cuanto la abrace otra vez. (Besando á Carmen en la frente.)

JAV (A Carmen.) Haz que se vaya. (Bajo.)

CAR. Vamos, abuelito, vamos.

SANT. ¿Tú también me lo mandas?

CAR. Yo se lo ruego.

SANT. Lo que tú quieras... ¡vamos!... Lo que quieras. Tengo el corazón tan alegre. . después de aquel susto tan grande... (Da algunos pasos sostenido por Ricardo y Carmen. Luego se para y volviéndose hacia los demás dice) Antes he dicho que no quería á nadie más que á ella. No lo creais, hijos, no lo creais... Siempre se

prefiere al que sufre... al que se ha perdido... ó al que se teme perder... Pero yo os quiero á todos, hijos míos, á todos... á todos... (*Les hace una seña última de despedida y sale sostenido por Ricardo y Carmen la cual se vuelve en cuanto su padre la toca en el hombro.*)

JAV. (*Tocándola en el hombro*) ¡Quédate!

ESCENA VI

DON JAVIER, CARMEN, ALFREDO, ESTEBAN, PEDRO PLASENCIA luego RICARDO.

JAV. Delante de él, á quien podía asesinar la verdad, he debido callarme! ¡Ahora que no está, habla!

ALF. (*Aparte.*) ¿Que vá á decir?

PEDRO (*Aparte.*) ¿Qué ha sucedido durante mi ausencia?

EST. Don Javier, creo que nosotros debemos retirarnos. (*Todos hacen ademán de marcharse*)

JAV. (*Deteniéndolos.*) ¡No! Es preciso, señores, que ustedes oigan tambien lo que va á decir.

CAR (*Aparte.*) ¡Ah, hermana mía! Cumpliré mi juramenío.

JAV. (*Después de una pausa y con mucha dulzura.*) ¿Dónde has estado?

CAR. No pueno decirlo, padre mío.

JAV. (*Con energía.*) ¿Qué no lo puedes decir?

CAR. ¡No señor!

JAV. ¿Y no comprendes que esa repuesta te condena? Lo que es licito y honrado puede decirse. ¿Por qué no dices tú lo que has hecho en tu ausencia?

CAR. No he hecho nada malo; lo juro.

JAV. ¿Lo juras ante Dios que nos oye y que ve el fondo de nuestros corazones?

CAR. ¡Oh! Sí. El sabe que soy inocente.

JAV. La inocencia es expansiva como la luz... ¿Por qué la tuya quiere permanecer en la sombra?

CAR. Pregúnteme usted si al volver á mi casa traigo la conciencia tranquila y el alma lim-

pia de toda falta y contestaré sin vacilar: sí. Pero no trate usted de averiguar dónde he estado y lo que he hecho; porque no lo diré jamás.

JAV. ¡Jamás! ¿Y crees que tu palabra basta para llevar la confianza á nuestro corazón? ¿Crees que tu silencio desvanecerá los rumores deshonrosos que ha promovido tu ausencia?

CAR. ¡Deshonrosos!

JAV. Sí y con harto motivo, pues en quince mortales días ni valor has tenido siquiera para escribir dos letras diciendo: «No lloreis... Estoy buena.»

CAR. (Vacilando. Vivamente.) No pude.

JAV. ¿Por qué?.. ¿Callas? ¿No quieres justificarte? ¿Te reconoces criminal? (Sale Ricardo de la habitación de don Santiago.)

CAR. ¡Criminal yo! ¡Ah! Padre mío... Tenía yo trece años cuando mi madre murió; y bien debió conocer mi corazón al dejarme heredera de su solicitud por todos ustedes, por el abuelo y sobre todo por mi hermana Julia, á quién nombró hija mía, exigiéndome juramento de vivir y aun de morir por ella, si fuese necesario, porque era más débil que yo y usted la adoraba... Yo creo haber cumplido los deberes que mi madre me impuso. Usted dirá si en alguna hora de mi vida le he dado á usted un solo disgusto, una sola inquietud. Que digan todos si han visto en mí algo indigno de una jóven honrada y amante de su familia.. Pues bien, padre mío, sin hacer alarde de mis méritos, hoy me veo obligada á exigir la recompensa de mi conducta de siempre. Un suceso inexplicable me ha hecho permanecer lejos de mi casa durante cierto tiempo. Yo sólo pido que no se me pregunte nada, que no se me inculpe, y que me dejen ustedes seguir tranquilamente velando por todos como hasta aquí; y en pago de esta recompensa, yo le bendeciré á usted mientras me dure la vida.

JAV. (Conmovido.) ¡Cármen! (Reponiéndose.) ¡No! ¡no no puedo... no puedo!.. ¿Me dices que re-

cuerde lo pasado? Pues recuerda conmigo aquellas palabras que pronunciaste hace algún tiempo. «¡Qué pensarás de mí, madre mía!» ¿Las recuerdas? Contesta.

CAR. Las recuerdo.

JAV. Ya que te obstinas en ocultar dónde has estado, al menos me explicarás esas palabras.

CAR. ¡Imposible!

JAV. ¡Imposible! Ya lo oyen ustedes.

PEDRO Habla, Carmen... Justifícate por Dios. Yo te lo ruego en nombre de todos los que te aman... en nombre de Julia... sobre todo, á quien llamas hija...

CAR. (Mirándole fijamente.) ¿Tú me lo ruegas? (Aparte.) ¡Si supiera!

JAV. ¿Es inútil todo?

CAR. Soy inocente. No puedo decir más.

JAV. (Con energía.) Está bien. Basta de ruegos por nuestra parte y de protestas misteriosas por la tuya. Hemos concluído para siempre.

CAR. ¡Padre mío!

JAV. Rechazo ese nombre. Tú no eres mi hija.

CAR. ¡Por piedad! (De rodillas.)

JAV. Esta casa que tú has deshonrado, no es la tuya. Sal de ella.

CAR. ¡Ah! (Grito de dolor. Pedro y Ricardo se dirigen á don Javier; Alfredo á Carmen.)

ALF. Levántate, Carmen. (A don Javier, con brío.) Señor don Javier; el día en que su hija de usted se marchó nos prometimos amor eterno el uno al otro. Ella no ha retirado su palabra y yo sigo fiel á la mía. Carmen es mi mujer y á nadie debe dar cuenta de su vida más que á su marido, y yo la permito que se calle.

EST. (Con ira.) ¿Cómo? ¿Usted pretende?

ALF. (Con altivez.) ¿Quién habla con usted?

CAR. Alfredo, gracias...

RIC. (Aparte.) Así me gusta. Este chico es todo un hombre.

JAV. (A Alfredo.) Pero considere usted...

ALF. Usted ha seguido los impulsos de su conciencia. Yo seguiré los de la mía. Su implacable cólera de usted no ha querido dar crédito, ni á los juramentos ni á las lágrimas

de su hija. Yo en cambio creo en mi mujer. La confianza que ella exige como recompensa de una vida anterior consagrada á la virtud, yo se lo otorgo pagando así la deuda que ustedes han contraído con ella. Carmen hablará cuando ella lo estime oportuno y conveniente. Hasta entonces, yo esperaré tranquilo.

PEDRO Eso le honra á usted mucho, pero...

ALF. Usted haría lo que yo, porque estoy en mi derecho y cumplo con mi deber.

EST. (Aparte con rabia.) Su mujer. Eso nunca.

ALF. (A don Javier.) Anuncie usted á sus amigos nuestro próximo enlace. Yo se lo comunicaré á los míos. Don Ricardo, cuento con usted.

RIC. ¡No faltaba más! ¡Con todo mi corazón!

ALF. (A Esteban, con ironía.) Y usted, señor don Esteban: dicen que es usted amigo leal de la familia: ¿nos dispensará usted el honor de asistir á la ceremonia?

EST. (Con amenaza.) Con mucho gusto, don Alfredo. No faltaré.

CAR. (A Alfredo, con pasión.) ¡Ah! El abuelo supo leer en tu alma y tú has leido en la mía. Alfredo, soy digna de tí... Al sentir el dolor más agudo que puede desgarrar el corazón de una hija, que es el desprecio de su padre, tú me has tendido tu mano generosa y no vacilas en darme tu nombre... Yo no sé cómo pagar esa deuda... Sólo sé que el alma se asoma á los labios para decirte aquí, delante de todos... Alfredro, tú me amas, pero yo te adoro... ¡te adoro! (Se cogen de las manos con efusión.—Cae el telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Un jardín; estufa de invierno que ocupa las tres cuartas partes del fondo, y al otro espacio una sala de confianza que se extiende á toda la parte izquierda de la escena con muebles adecuados. En esta sala hay una puerta al fondo y otras dos á la izquierda.

ESCENA PRIMERA

RICARDO, sentado junto á un velador, leyendo. MARTÍN entra por el fondo

MAR. ¿Solo, querido doctor?

RIC. Solo... estudiando el Código.

MAR. ¿Qué Código?

RIC. Ejerzo de abogado por chiripa.

MAR. ¡Ah! sí.

RIC. Don Santiago, con motivo del contrato de matrimonio de Carmen, no me deja á sol ni á sombra, consultándome sobre graves cuestiones de derecho.

MAR. Parece imposible que no se haga usted un lío con esas dos profesiones de médico y abogado.

RIC. En realidad ambas profesiones tienen bastante analogía. Tan doctor puede ser el abogado como el médico. Uno y otro reciben consultas y cobran honorarios. El arte del médico consiste en prolongar la vida al enfermo, y el de muchos abogados el de pro-

longar los pleitos de los clientes. Se pierden estos ó se mueren los enfermos. Pues el abogado se disculpa con la naturaleza de las leyes y el médico con las leyes de la naturaleza.

MAR. Es verdad. ¡Cómo los conoce usted! Pero vamos á ver, ¿qué es lo que aquí pasa?

RIC. Pues nada; que don Santiago, ignorante todavía do lo ocurrido, quería celebrar espléndidamente la boda de su predilecta Carmen; pero se ha opuesto á ello don Javier.

MAR. Lo concibo.,. pero lo siento.

RIC. ¿Lo siente usted por el baile?

MAR. Por el baile precisamente no; por el banquete. Amigo don Ricardo, en esta casa se come muy bien.

RIC. Pero, ¿en qué quedamos, no detestaba usted el pecado de la gula?

MAR. Lo detestaba, pero ya no lo detesto. Al contrario; le busco, le solicito con pasión y me entrego á él con delicia. Soy un criminal empedernido.

RIC. ¡Pero hombre!

MAR. ¡Oh, qué bien sabe... lo que sabe bien!... Mas dejemos esto porque... (Bostezando) ¿Lo ve usted? Se me desencuadernan las mandíbulas. Y ¿cómo ha tomado la familia lo ocurrido desde que ha vuelto Carmen?

RIC. Desde su enérgica y caballeresca resolución, Alfredo se muestra confiado y grave. Don Javier serio... ó mejor aún, triste...

MAR. ¿Y Julia?

RIC. Aun no ha llegado. Estaba enferma cuando recibió la carta de su marido citándola aquí. Los sucesos que usted conoce le impidieron ir á buscarla y parece que hoy debe llegar.

MAR. ¿Y el señor de Muruaga?

RIC. El señor don Esteban de Muruaga flota sobre la seriedad de todo el mundo, alardeando de una alegría bulliciosa que no parece del todo bien.

MAR. Confieso que ese hombre me revienta. ¡Ah! no le invitaré yo á la boda de mi Ernestina. (Mirando á Ricardo con intención.)

RIC. (Vivamente.) ¡Cómo! ¿Qué ha dicho usted? A la boda de...

MAR. De mi hija, de Ernestina, eso he dicho.

RIC. ¿Pero usted va á casarla?

MAR. Hombre, yo no; la casará el párroco.

RIC. Y eso... será pronto, ¿eh?

MAR. (Con frialdad.) Pronto.. Sí; pronto, muy pronto.

RIC. ¿Pero cuándo? ¿Con quién? (Con impaciencia.)

MAR. Lo más pronto posible: con un joven que la quiere... No espero más que una cosa.

RIC. ¿Cuál?

MAR. Pues...

RIC. ¿Pues qué?

MAR. Que tú me pidas su mano, pedazo de atún.

RIC. ¡Yo!

MAR. Tú, sí... (Cogiéndole las manos con emoción.) Atrévete á negar que adoras á mi hija.

RIC. Es cierto que la amo. (Con reserva.)

MAR. Que la adoras.

RIC. Bien, sí; la adoro.

MAR. Lo confiesas... Gracias á Dios, yo lo sabía; pero claro es que no había de tirártela á la cabeza... y sin embargo, ahora te la tiro... Vamos á ver, ¿cuándo me pides su mano?

RIC. (Después de una pausa.) ¡Jamás!

MAR. (Alterado.) ¡Jamás! ¿Y por qué? Hable usted, caballero, necesito una explicación... hable usted.

RIC. Nos separa un obstáculo insuperable.

MAR. ¡Insuperable! ¿Cuál?

RIC. La fortuna.

MAR. La... (Aparte.) ¡Ah! ¡Es ambicioso!

RIC. ¿Qué dote pensaba usted dar á su hija?

MAR. Todo lo que tengo.

RIC. (Con tristeza.) ¡Todo!

MAR. ¡Sin quedarme un céntimo! Y todavía pienso trabajar para ella, para su marido... y para los nietezuelos. ¡Vaya, ó poco he de poder ó yo he de dejarles un buen pasar!...

RIC. ¡Un buen pasar! (Aparte.) ¡Y está nadando en oro! (Alto con dignidad.) Señor don Martín, yo no tengo un cuarto, y ya comprende usted que no puedo ni debo casarme con su hija de usted.

MAR. (Aparte.) Lo había adivinado. Es un ambicioso. ¡Pobre Ernestina! ¿Por qué no seré más rico?

RIC. (Aparte.) ¡Ay, Ernestina mía, por qué no serás pobre!

ESCENA II

DICHOS y ESTEBAN

EST. ¡Ah! Ya hay aquí convidados, porque supongo que ustedes vendrán á la ceremonia.

MAR. (Enseñando su traje de etiqueta bastante averiado.) Me parece que el traje lo está diciendo, señor de Muruaga.

EST. En efecto, corbata blanca... frac de corte irreprochable... ¿Tendría usted la bondad de recomendarme á su sastre?

MAR. ¿Quiere usted ir á verle? (Con sorna.)

EST. (Riendo.) ¡Ya lo creo!

MAR. (Aparte.) De buena gana te mandaría con él. (Alto.) Murió hace quince años.

EST. (Riendo.) ¡Ah! ¡Diablo! Entonces no tengo prisa ninguna por conocer á ese apreciable sujeto.

MAR. Ni es fácil que le conozca usted jamás.

EST. (Admirado.) ¿Por qué?

MAR. Porque él era un hombre de bien y estará allí. (Señalando al cielo.)

EST. ¿Y qué?

MAR. Nada, que usted no lleva camino de encontrarse con él. (Aparte.) ¡Chúpate esa!

EST. ¡Hola, hola! Señor don Martín; parece que se quiere usted divertir conmigo.

MAR. Le pago á usted en la misma moneda.

EST. Tiene usted razón. Yo no me he permitido darle á usted una broma y... En fin, no es cosa de reñir en un día de fiesta nupcial.

RIC. ¿Piensa usted asistir á ella?

EST. ¿Por qué no?

RIC. Como usted amaba á Carmen...

EST. ¿Y eso qué tiene que ver?

MAR. Y como no se casa usted...

EST. ¿Quién sabe?

MAR. ¿Quién sabe? (Sorprendido.)

EST. (Con inocencia.) Eso he dicho; quién sabe, mi querido don Martín...

MAR. Mi querido... (Aparte.) Me da de patadas este hombre.

RIC. ¿Pero formalmente espera usted todavía?...

EST. Yo espero siempre... hasta el fin.

RIC. ¿A pesar de que va á firmarse el contrato dentro de pocas horas?

EST. ¿Y qué? ¿Un obstáculo más? Mejor. No hay nada que me anime tanto como los obstáculos; yo soy de aquellos que pondrían garras á los leones si no las tuvieran.

MAR. (Con asombro fingido.) ¡Oh, oh!

EST. Lo dicho. Y nadie asegure que Carmen no será aun mi esposa, á pesar de los pesares. Todo es posible.

MAR. Todo... excepto...

EST. Sin excepción, amigo don Martín.

MAR. Yo no soy amigo de usted, caballero.

EST. Peor para usted.

MAR. O para usted.

EST. Me parece que tiene usted ganas de molestarme.

MAR. Soy de la opinión contraria. Usted es el que me molesta á mí... y no poco.

EST. ¡Mentecato!

MAR. ¡Qué! Si tuviese veinte años menos...

EST. Tendría usted alguna prudencia más.

LUIS (Entrando.) Don Santiago espera al Doctor.

RIC. Vamos, don Martín. (Va hacia el foro.)

MAR. Allá voy. (Le sigue y se vuelve.) ¿Veinte? No... Diez... Cinco años menos que tuviera nos veríamos las caras. Cinco, caballero, cinco.

EST. ¡Necio! (Se encoge de hombros y llama al Criado.)

ESCENA III

ESTEBAN y JUANCHO

EST. ¡Juancho! (Llamando.—Sale Juancho.) ¿Está todo?

JUA. Lo que usted mandó, todo he hecho, pues.

EST. ¿La nodriza? ¿La mujer? ¿La carta?

JUA. Todo. La nodriza no resistió cuando el dinero de usted en la mano le puse. La mujer encargada de la carta que usted escribió y que yo le llevé, en mi cuarto escondida... Pero...

EST. ¿Qué?

JUA. Yo lo que usted ha querido he hecho, no por el dinero, sino porque usted jurando dice que es para bien de la señorita Julia... A los pechos de mi madre se crió ella, y por ella yo daría la sangre de mis venas... pues... toda...

EST. Y es verdad. Tú la salvas. Tú, por encargo mío, fuiste donde ella estaba, sorprendiste el secreto, que quizá le costaría la vida, y haces ahora que nadie, absolutamente, pueda sospechar la verdad de lo ocurrido.

JUA. Bien... bueno... por eso he hecho todo, por eso. Pero, ¿quién ha sido infame, pues, que ha abusado así de...?

EST. Eso no te importa.

JUA. Es que siempre buena ha sido ella... siempre buena, y perderla, infame mucho es. ¡arrayúa! y si supiera yo quién...

EST. ¿Qué, majadero? ¿Qué ibas á hacer tú? Toma para tu madre, y calla y no te metas en más. (Le da dinero)

JUA. ¡Arrayúa! .. Ella buena siempre... y yo por ella...

EST. Ya te he dicho que la salvas. ¿Te parece poco? Y casándome yo con Carmen, todo quedará bien.

JUA. Todo... sí; comprendo.

EST. Todo, y todos, y tú el primero; vete.

JUA. Salvarla, sí, Juancho, y el sangre de sus venas por ella da... El marido, nada... el padre, nada sabrán... Bueno, pero infame el que perdió señorita pues...

EST. Vete, vete y calla. (Se va Juancho gruñendo.) ¡Estúpido de muchacho!

ESCENA IV

ESTEBAN y CARMEN

CAR. (Por la derecha.) ¡Usted!

EST. (Saludando.) ¡Señorita!...

CAR. ¡Usted aquí de nuevo! Pero Pedro espera á su hermano y Julia dentro de poco estará aquí.

EST. Lo sabía.

CAR. Lo sabía usted... y por primera vez, después de esa horrible desgracia de que es usted el único culpable, Julia va á encontrarse frente á su padre, frente á su abuelo, frente á su marido... ¿Lo sabía usted y no ha querido usted evitar la vergüenza, el suplicio de su presencia de usted?

EST. No me era posible.

CAR. Pero, ¿qué se propone usted? ¿Qué sentimiento le mueve?

EST. El más irresistible de todos: la esperanza.

CAR. ¿De qué esperanza habla usted?

EST. ¿Ha olvidado usted mis palabras? Si usted no consiente en ser mía, yo le obligaré á serlo. Plaza que no se entrega se toma.

CAR. Usted olvida que en esta guerra á muerte con que usted me amenaza, hay alrededor de mí corazones generosos dispuestos á defenderme.

EST. (Con frialdad.) No los temo.

CAR. Alfredo me vengará.

EST. ¿Confía usted mucho en su amor?

CAR. ¡Sí confío!

EST. Realmente lo que hoy quiere hacer prueba su juventud... su confianza... su pasión. Pero que llegue un suceso imprevisto ó preparado por mí... ¡y llegará! y entonces verá usted desvanecerse, como el humo, su confianza ilimitada y su amor eterno.

CAR. (Con temor.) ¿Y qué sucesos pueden amenazarme todavía?

EST. Pronto... hoy mismo vendrán á convencerla á usted de mi poder... y de mi amor.

CAR. No concibo. (Procura ocultar su terror.)

EST. ¡Ah! Ya siente usted el lejano rumor de la tormenta á pesar de su aparente serenidad... y cuando estalle (Con energía.) y todo esté perdido para usted, en mí y solo en mí, tendrá usted que buscar su salvación; en mí que la amo á usted y que sabría hacerla dichosa.

CAR. (Muy agitada.) ¡Basta! No quiero oirle á usted más.

ESCENA V

DICHOS, JULIA y JUANCHO. Julia se presenta en el fondo al pronunciarse las últimas palabras

CAR. ¡Julia!

JULIA ¡Hermana mía! (Pálida y con la mirada febril se yergue en el fondo extendiendo la mano hacia la puerta mirando á Esteban de frente. Luego, con el brazo siempre extendido y la mirada fija, se dirige hacia él que, doblando la cabeza poco á poco, empieza á retroceder hasta que desaparece por el fondo. Apenas se va, Julia, sintiéndose sin fuerzas, se deja caer en un sillón á tiempo que Juancho sale y la sostiene.)

JUA. ¡Ah, señorita Julia! ¿Enferma viene? Animo, pues, Juancho está aquí. No tenga miedo.

JULIA Gracias amigo mío. Ya sé que tú me quieres: déjanos.

JUA. Deme la mano.. Así. (Besándola.) ¡Conmigo siempre cuenta, siempre!... Y no tenga miedo, Juancho está aquí. (Vase fondo.)

CAR. Que nadie conozca tu agitación.

JULIA ¡Desgraciada de mí!... No bastaban mis remordimientos, mis horas de sobresalto, mis noches de temor... era preciso también que volviese á ver á ese hombre delante de mis ojos.

CAR. ¡Oh, por Dios! Julia, tranquilízate.

JULIA ¡Tranquilizarme! Si tú supieras lo que yo siento desde que he puesto el pie en esta

casa... ¿Cómo podré recibirlos á todos sin que la vergüenza me abrase las mejillas? ¿Con qué valor responderé á sus palabras de cariño? ¿Cómo aceptar sus caricias?... ¡Y él, él que me amaba tanto, y á quien á pesar mío he infamado para siempre! ¡Ah! Créelo, hermana mía, si él, que es todo honor y lealtad, me estrecha entre sus brazos y acerca sus labios á mi frente... perderé el juicio.. sí, me volveré loca y se lo confesaré... todo.

CAR. ¡Oh! Calla, calla por Dios; me haces temblar.

JULIA Temblar, temblar siempre; devorar mi vergüenza... Esa es la vida que me espera. ¿No vale más morir de una vez?

CAR. ¡Morir! Recuerda que el día en que huí de esta casa para correr á tu lado, también llamabas con voces de desesperación á la muerte; y que, cediendo á mis lágrimas, te comprometiste delante de Dios y de tu hijo á no pensar siquiera en la muerte mientras tu falta permaneciese en el misterio. En el misterio continúa: ¿por qué desesperarte de nuevo?

JULIA Lo que quieras... viviré para sufrir, para expiar, no mi delito, sino el delito de otro... ¿Pero y tú? ¿Qué vida va á ser la tuya, puesta á merced de todas las sospechas y quizá de todas las acusaciones?...

CAR. ¿Qué importa? Alfredo confía en mí, me defiende... Eso me basta.

JULIA Pero su razón, al fin, puede rebelarse contra tu obstinado silencio, y entonces...

CAR. (Viendo á Alfredo que sale.) ¡El!

ESCENA VI

DICHAS y ALFREDO

CAR. Dudan de tí, Alfredo.

ALF. No serás tú la que me ofenda de ese modo.

JULIA Soy yo.

ALF. ¡Usted, señora!

CAR. Teme que nuestro amor y nuestro reposo sean sacrificados por el secreto que parece acusarme y que me es imposible descubrir.

ALF. (A Julia.) No tema usted nada, hermana mía. ¡Si usted supiera la confianza que en ella tengo!

CAR. Confianza que agradezco y me enorgullece. Sin embargo, Alfredo, aún estás á tiempo. Puedes recoger tu palabra.

ALF. ¿Yó?...

CAR. Te amaré siempre. Pero eres libre.

ALF. ¡Libre! ¿Lo es acaso mi corazón? ¡Ah! Carmen, temes que de improviso se despierte la sospecha en mi alma y seas á mis ojos una mujer indigna de mi cariño... No. Si es mi razón la que me dice que cuando tú no hablas es porque cumples con un deber sagrado al cual eres capaz de sacrificarlo todo.

JULIA (Mirando á Carmen.) Sí: un deber que ella se impone con sublime generosidad.

ALF. Pues, bien, Carmen; te juro como hombre honrado, que sean cualesquiera las apariencias que te condenen, yo buscaré en tu vida pasada, libre de toda mancha, en tu frente pura, en tus ojos tranquilos y serenos la garantía de tu virtud; y mientras tú no me digas: «Alfredo, yo te he engañado, soy una mujer culpable», todas las apariencias y todas las acusaciones no lograrán arrancar de mi corazón la confianza que me inspiras. ¿Quieres más?

CAR. (Tendiéndole la mano.) Gracias, Alfredo, gracias.

JULIA (Aparte, mirándolos con dolorosa envidia.) ¡Ay de mí! ¡Esa es la felicidad que yo he perdido para siempre! (Dando un grito.) ¡Ah!

CAR. ¿Qué pasa?

JULIA (Bajo.) ¡Ellos! ¡Mi padre! ¡Mi hermano!

CAR. (Bajo.) ¡Valor!

ESCENA VII

DICHOS, DON JAVIER y PEDRO

JAV. (Viendo á Julia.) ¡Aquí está!
PEDRO (A ella.) ¡Ah, Julia!
JAV. ¡Mi querida hija! (La cogen cada uno de una mano, quedando ella inmóvil como una estatua en medio de los dos.)
PEDRO ¡Qué larga nos ha parecido á todos esa ausencia! Nada le hemos dicho á Romualdo.
JULIA ¡El! ¿Dónde está?
PEDRO Ha ido de nuevo á San Sebastián de orden de la casa naviera. No pudo esperarte, pero volverá pronto.
JAV. ¿Por qué has estado tanto tiempo lejos de nosotros? ¿No respondes? ¿Qué tienes? (Con inquietud.)
JULIA ¿Qué tengo? (Mirando á uno y á otro sin saber qué decir.) Yo... no... no... nada.
CAR. Soy yo la causa de su turbación... Saben lo que ustedes sufren por mí... y...
JAV. Y tan poco afortunada como nosotros, sin duda, no ha conseguido merecer tu confianza.
CAR. Lo que yo no he podido confesar ni á Alfredo ni á mi padre, no puedo decirlo tampoco á ninguna otra persona.
JAV. (Dirigiéndose á Alfredo, pasando por delante de Carmen sin mirarla.) Creo que le habrán dicho á usted que deseo hablarle acerca del contrato de boda.
ALF. Sí, señor; y estoy á sus órdenes.
JAV. (A Pedro.) Pedro, lleva á tu cuñada al cuarto del abuelo, que está impaciente por abrazarla.
CAR. (A Julia, aparte.) Recuerda tu promesa y ten valor.
PEDRO ¿Vamos, Julia? (Vanse Pedro y Julia.)

ESCENA VIII

DON JAVIER, ALFREDO y CARMEN. Carmen está separada de ellos

JAV. Mañana, señor don Alfredo, Carmen será su mujer de usted y llevará, por consiguiente, su apellido.

ALF. Que yo le daré á cambio de mi felicidad.

JAV. ¿Y dónde piensa usted ir después de la boda?

ALF. Aquí.

JAV. ¿Aquí? No.

CAR. (Aparte.) ¿Qué dice?

ALF. ¿Cómo?

JAV. Usted se llevará á su mujer.

CAR. (Aparte.) ¡Ah! ¡Dios mío!

ALF. ¡Señor don Javier!

JAV. Si usted hubiera querido escucharme, usted, cuya alianza me salva de la ruina, yo le hubiera dicho: Espere usted que Carmen se justifique para dar el nombre honrado que le ha transmitido su padre.

ALF. Pero Carmen es inocente.

JAV. No puede serlo mientras no hable.

CAR (Aparte.) ¡Ah! No lo seré nunca entonces.

JAV. Debemos, pues, separarnos.

CAR. (Llorando.) ¡Separarnos!

ALF. ¿Es posible que usted la arroje de ese modo?

JAV. No es por castigarla solamente: es por no amargar los últimos días de nuestro pobre anciano.

ALF. ¿Y á qué fin decirle?...

JAV. En vano trataríamos todos de disimular: en vano sofocaría yo mi dolor de padre... Su mirada perspicaz y escrutadora no tardaría en conocer que aquí hay un misterio que se le oculta, y cuando se le contestara como se me contesta á mí: «no puedo decir nada,» se moriría de pena.

CAR (Llorando.) Es verdad... sí... es verdad... Me preguntaría, querría saberlo todo... ¡Ah! no: nos iremos. ¡No le veré más!

JAV. (Volviéndose al oir sollozar á Carmen.) ¿Lloras?.. ¿Y quién hace correr tus lágrimas más que tú misma?

CAR. Sí .. yo... yo he sido...

JAV. Pronuncia una sola palabra.

ALF. ¿Insiste usted todavía?...

JAV. (Con entereza) Insisto, porque todavía es mi hija, caballero.

CAR. (De rodillas.) ¡Padre, padre mío!

JAV. Sí; todavía eres la hija de mi corazón. Vamos, habla, hija mía, y yo te aseguro. .

CAR. ¡Por Dios, no me pida usted un imposible!

JAV. Cuando tu hermana se casó y yo lloré al separarse de mi lado, tu decías: Yo me quedo, le amaré á usted por las dos; yo compartiré sola sus alegrías y sus penas... ¿No recuerdas? Pues bien; yo te pido que cumplas tu palabra; que me ames como yo te amo, librándome de esta pena horrible que me destroza el corazón. (Con mucha ternura.)

CAR. ¡Ah! ¡Padre mío! ¡Usted llora por mí! He tenido fuerza para soportar su cólera; pero ante esas lágrimas de dolor... no puedo... no puedo... padre... pa...

ALF. (Viéndola desvanecer.) ¡Carmen! (Esta cae desmayada en el momento en que aparece don Santiago)

JAV. ¡Hija! ¡hija mía! ¡Socorro!

ESCENA IX

DICHOS, DON SANTIAGO, luego RICARDO, JUANCHO y CRIADOS

SANT. ¡Carmen desmayada!

JAV. ¡Dios mío! ¿Habré asesinado á mi hija? (La deja en un sillón.)

SANT. ¿Qué dices? (Corre á arrodillarse junto á Carmen.) ¡Virgen Santa! ¡No respira, no respira!

JAV. ¡Un médico!

SANT. ¡En seguida: un médico!

ALF Sí; corro á avisar á Ricardo. (Este aparece.)

SANT. ¿Ricardo?... Bueno; avisa también á Ricardo.

RIC. ¿Qué pasa? (Acercándose.) ¿Carmen? Desvaneci-

da. (Tomándola el pulso.) Alguna emoción violenta, ¿no es cierto?

ALF. Eso es.

JAV. En efecto.

SANT. ¡Cómo adivina!

RIC. No se alarmen ustedes... esto no es nada.

SANT. ¿Nada?

RIC. (A Juancho.) Vaya usted á mi cuarto y tráigame un frasco pequeño que hay sobre la cómoda.

JUA. Corriendo. (Se va y vuelve luego.)

RIC. (A otro.) Usted traiga un vaso con agua. (A otro.) Usted vaya á la botica y que le den esto enseguida. (Ha escrito una receta en un papel. Vanse los criados.)

SANT. Id corriendo.

RIC. Si esto no basta, se le hará una sangría.

SANT. ¡Una sangría! Sí... Pero, ¿quién?

RIC. (Con naturalidad.) ¡Yo!

SANT. (Asombrado.) ¡El!.. ¡Un abogado!... ¡Qué ocurrencia!... (Sale Juancho con un frasco y un vaso de agua.)

JUAN. Frasco y vasubat.

ALF. Traiga usted. (Presenta á Ricardo el frasco y el agua.)

RIC. (Prepara el brevaje.) Hay que darle a beber esto. Espere usted. (Pausa. Se lo da á Carmen.) Bien. La sangre empieza á circular de nuevo.

SANT. Circula de nuevo... ¿habéis oído?

ALF. Y le vuelve el color, vea usted.

JAV. Es verdad.

SANT. ¡Oh! Sí, su hermoso color.

RIC. Va á abrir los ojos... ¡Ea! Don Santiago, ya no hay peligro, levántese usted. (Quieren levantarlo.)

SANT. No, no; dejadme. Quiero que al abrir los ojos me vea á mí antes que á nadie... ¡Ah!... sí... ya me mira... y se ríe... Hija, hija mía...

CAR. ¡Abuelo de mi alma!

SANT. (Sentándose á su lado.) Gracias á Dios... Ya te oigo hablar... ¡Ea! Esto pasó, ¿eh? ¿Te sientes mejor?

CAR. ¡Estoy del todo bien, muy bien!...

SANT. ¡Vaya, vaya! Darnos estos sustos sin ton ni son...

CRIADO (Entrando.) Aquí está la receta del doctor y la medicina (Don Santiago observa y escucha.)

RIC. Es ya inútil mi receta. (Va á desgarrar el papel)

SANT. (Se levanta, se acerca á él y toma la receta, y con sus ojos interroga á los de Ricardo.) ¿Eh? ¿Pero las recetas no las firman más que los que tienen título?

RIC. Es que yo... (Con resolución) He tomado el de doctor en Medicina, para no tener necesidad de esos imbéciles de médicos...

SANT. (Comprendiendo) ¡Aaaah!... Picarones. Conque abogado, ¿eh? Ya tenía yo alguna sospecha...

JAV. ¿De veras?

SANT. Me decía yo á mi solas, si es abogado, ¿cómo no le hacen subsecretario, embajador ó ministro?

RIC. (Riéndose.) ¡Es verdad, es verdad!

ESCENA X

DICHOS y MARTIN

MAR. Señores.

SANT. Hola, amigo Martín... ¿Cómo vamos?

MAR. Mejor que nunca. Desde que usted me ha convencido de que debo aborrecer á los médicos, (Mirando á Ricardo.) á esos malhechores con título.

RIC. (Aparte.) ¡Que oportuno!

SANT. Esos hipócritas de médicos.

MAR. Apropósito, el notario está en la sala.

JAV. Entonces...

MAR. No: no tenga usted prisa; creo que necesita algunos minutos para tomar un piscolabis.

SANT. (A Alfredo y á Carmen.) El momento se acerca, hijos míos. (Poniéndose entre ambos,) y no podéis figuraros cuantas gracias doy á Dios por haberme permitido ver este dichoso día. Cuando yo muera, Alfredo, me iré tranquilo á la eternidad porque dejo á mi Carmen encomendada á un corazón tan honrado y leal como el tuyo. Es un tesoro que te confío, Alfredo.

ALF. Yo juro guardarlo como lo guardaría usted mismo.

ESCENA XI

DICHOS, PEDRO, JULIA y ESTEBAN

(Llegan Julia y Pedro por el fondo, mientras Esteban entra por la derecha y se acerca á Carmen sin ser visto de los demás personajes.)

PEDRO. Los parientes y convidados están ya en la sala.

SANT. (Alegremente.) ¡Ea! ¡vamos allá! (Al ir hacia el fondo, entra Juancho y se acerca á don Santiago.)

JUA. En el pabellón hay una casera que quiere hablar con el señor.

SANT. ¿Conmigo? Que pase.

JUA. No; dice que hablarle quiere á solas.

JAV. ¿A solas?

SANT. Alguna pobre vergonzante que pedirá una limosna... Ha hecho bien en acudir á mí... Hoy no puedo negar nada á nadie... voy allá... Pero esperadme aquí todos porque quiero que entremos juntos solemnemente, en el salón; vamos, vamos. (A Juancho en cuyo brazo se apoya y se van.)

EST. (Aparte á Carmen.) Carmen, la hora ha llegado.

CAR. (Grito ahogado.) ¡Ah!

EST. (Aparte.) El rayo va estallar y yo estoy aquí, yo, su único apoyo, su único refugio!

CAR. ¡Alfredo!

ALF. ¡Carmen! ¿Qué tienes? ¿Tiemblas?

CAR. No sé... tengo miedo..,

ALF. ¿Miedo? ¿De qué ó á quien? (Viendo á Esteban.) ¿Qué le decía á usted hace poco?

EST. No tardará usted en saberlo, caballero.

ESCENA XII

DICHOS, DON SANTIAGO

SANT. (Con paso vacilante y rostro lívido entra trayendo un papel en la mano.) ¡Ah! (Al ver á todos los personajes

que le rodean con estupor, el anciano quiere hablar pero no puede. Carmen corre á él para cogerle la carta.)

JAV. ¿Qué le pasa?

CAR. ¡Abuelo! (Don Santiago se aleja de ella espantado)

SANT. (Ocultando la carta.) ¡No!.. no puede ser... ¡¡Esa mujer está loca!! No venía á pedir una limosna... venía á traer la vergüenza, la ignominia.

TODOS ¿Cómo, qué pasa?

SANT ¿Sabeis lo que se ha trevido á decirme? Toma.. lee... tú Javier... (Dándole la carta.) lee.. y tú... (A Carmen.) dame esa mano. (Cogiéndola.)

JAV. «Señor Mendía, la que se permite escribir á usted es la nodriza de su biznieto.» (Leyendo.)

CAR. ¡La nodriza!

SANT. ¿Por qué tiemblas?

CAR. ¿Yo? ¡no!..

JAV. (Leyendo.) «Me dicen que es usted muy bueno y que á nadie mejor puedo confiar el niño que se me entregó...»

ALF ¡Un niño!

JAV. (Continuando.) «Y que por hallarse enfermo no debe continuar por más tiempo en mi poder.»

JULIA (Aparte Ahogando un grito de dolor.) ¡Ah!

SANT. (Con desesperación á Carmen.) Pero, ¿por qué tiemblas desventurada?.. (Ella baja la cabeza.)

JAV. ¿Por qué? Lo sabrá usted pronto.

SANT. (A su hijo.) ¡Acaba... acaba!

JAV. ¡No... no puede ser verdad, me engañan los ojos!..

SANT. Pero acaba.

JAV. ¿Cómo un padre ha de leer la deshonra de su hija? (Tira la carta)

SANT. ¡Deshonra! (Coge la carta.) A ver... á ver... que lean esto... Yo necesito cerciorarme... ¿Nadie?

EST. (Se acerca por detrás coge la carta y lee.) «Envío á usted, pues, este niño que usted no rechazará por amor á su madre... á su desgraciada biznieta de usted»

SANT. ¡Eso era!.. ¡Y está ahí!

ALF. (Con dolor.) ¡Ella! ¡Si es imposible!

JAV. Eras tú, desgraciada, la que decías: yo no he cometido falta ninguna? Repítelo ahora.

SANT. Carmen, responde... aniquila esa calumnia... Habla, dí... (Pausa.)

CAR. No puedo decir nada.

JAV. ¿Y qué puedes decir? (A don Santiago.) Señor, le hemos ocultado á usted la verdad. No estaba enferma cuando usted no la veía á su lado. Huyó de su casa, y su ausencia inexplicable hasta ahora tiene desgraciadamente una explicación que á todos nos avergüenza.

SANT. (Con la cabeza entre las manos.) ¡Oh! ¡Jesús, Jesús mío!

JAV. Hoy ya puedes completar la confesión de tu falta delatando el nombre de tu cómplice.

CAR. ¡Mi cómplice!

JAV. ¡Su nombre!

CAR. Si yo... no sé. (Vacilando.)

JAV. Lo mando. (Pausa.)

EST. (Adelantándose.) Don Javier, caiga sobre mí solo todo el peso de su justa cólera.

JAV. ¿Cómo?

SANT. ¿Qué dice?

EST. Cármen ha sido víctima inocente de una falta cuya responsabilidad es toda mía.

CAR. (Aterrada.) ¡Oh!

ALF. ¡Muruaga!

JAV. } ¡El!
SANT. }

EST. No trato de atenuarla, señores, y mi única aspiración consiste en reparar ese ultraje dando mi mano y mi vida, si es preciso.

ALF. (Aparte.) (¡Su vida!... Esa es la que yo necesito.)

CAR. ¡Miserable!

JAV. (Señalando á don Santiago.) Ricardo, cuidemos al pobre viejo.

RIC. Don Santiago, vámonos de aquí. Esta dolorosa emoción puede hacerle á usted mucho daño... ¡vamos!

SANT. ¡Vamos!... (Va hacia el fondo, y luego se vuelve para mirar á Carmen. Todos los demás se han alejado.)

No, no; yo no puedo abandonarla de este modo... ¡Carmen!... ¡Oh! ¡Debilidad del corazón! La veo acusada... confundida... y sin embargo, no creo nada .. nada...

CAR. ¡Dios mío!

SANT. (Cogiéndola de la mano.) Hija mía... Tú sabes que eres el pedazo mejor de mi alma... Tú lo sabes... Una palabra... una mirada tuya... y yo te comprenderé en seguida... ¡Habla por Dios, habla!...

CAR. (Con desesperación.) ¡Ah... no!... ¡Imposible... imposible!...

SANT. ¡Imposible! ¿Eso has dicho? ¿Tú? Pues así y todo... mientes... ¡Carmen!

JULIA (En un arranque casi involuntario.) ¡Miente, sí!

CAR. (Aparte á ella.) ¡Calla! (Julia, con la cara entre las manos, se aleja y desaparece seguida de Juancho, que dice para sí:)

JUA. Miente, sí... Pero es mejor. .

SANT. Mientes, ¿verdad?... ¡Porque ahí está... miradla... anonadada!... y yo, ya veis, no me he muerto todavía, no me he muerto! (Carmen se arroja llorando en sus brazos y don Santiago la estrecha apasionadamente, diciendo:) ¡Hija... pobre hija de mi corazón!... (Todos presencian la escena conmovidos, menos Esteban, que parece no comprender el por qué no le dan la mano de Carmen para que todo quede arreglado. Telón.)

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

Un gabinete de trabajo. En el fondo puerta principal. A ambos lados de la escena, puertas que conducen á las habitaciones interiores. Mesa de despacho á un lado: sillones, sillas y muebles diversos, pero de buen gusto, adornan la habitación.

ESCENA PRIMERA

ALFREDO y DON JAVIER

JAV. Es inútil que insista usted.

ALF. No quiere usted que coloque en su casa mi fortuna, esta fortuna que ya no me sirve para nada desde el momento en que he perdido la felicidad.

JAV. Cuando usted iba á ser mi hijo, podía perfectamente aceptar esa fortuna que me salvaba de la ruina. Hoy se ha roto entre nosotros todo lazo; es en usted muy noble ofrecérmela, pero en mí sería vergonzoso recibirla.

ALF. Debo respetar su decisión de usted... y, sin embargo, me parece que en esa delicadeza hay algo que ofende la sinceridad de mi ofrecimiento y de mi amor á Carmen...

JAV ¡Oh, no, Alfredo! Crea usted que deseaba con ansia llamarle á usted mi hijo... La fatalidad no lo quiere.

ALF. (Con gran emoción.) ¡La fatalidad, sí!... ¡La amo tanto!..

JAV. ¿Todavía?

ALF. ¡Hasta la muerte!

JAV. ¡Pobre Alfredo! (Tendiéndole la mano.) Dios le dé á usted valor para olvidarla... ¡Adiós!...

ALF. ¡Adiós! Y que él le dé á usted fuerza para resistir á tanta desventura ..

JAV. ¡Gracias! ¡Adiós! (Con acento siniestro. Vase Alfredo)

ESCENA II

DON JAVIER. Luego DON SANTIAGO

JAV. ¡Fuerzas para resistir! ¿Quién puede tenerlas cuando á un tiempo mismo vienen sobre esta casa el deshonor y la ruina? ¡Oh! Toda resistencia es imposible. Me falta valor para presenciar el infortunio de tantos corazones que me aman... y no hay más remedio que morir... (Va á la mesa á recoger un revólver, y llaman á la puerta derecha.) ¡Eh! ¿Quién llama?

SANT. Soy yo: abre, hijo mío.

JAV. ¡El abuelo! (Oculta el arma entre los papeles y va á abrir.)

SANT. ¿Estabas encerrado?

JAV. Sí: quería estar solo.

SANT. Ya sé que te has negado á recibir á Carmen.

JAV. A ella con más razón que á nadie (Pausa.)

SANT. ¡Pobrecita!

JAV. ¿La compadece usted?

SANT. Compadezco á todos los desgraciados y principalmente á los culpables, porque son los más desgraciados de todos. Además, ¿qué quieres que te diga? No acabo de convencerme, ¡ea! que no puedo creer que mi pobre Carmen...

JAV. ¿Duda usted después de haber confesado ella misma?

SANT. ¿Confesar? ¡No!

JAV. Su silencio es una confesión.

SANT. Bueno: pues á pesar de eso. Yo lo observo todo... y he visto que Carmen no ha besado una sola vez á ese pobre niño, á pesar de que está enfermo .. ¿Comprendes tú, que además de hija culpable sea madre desnaturalizada? No: es inconcebible; y yo quiero interrogarla de nuevo... y si me equivoco... ¿qué hemos de hacer? se casará al punto con ese, con ese hombre.

JAV. Es preciso.

SANT. Y á eso cabalmente venía yo... Demasiado sabes que todo lo que á ella le pertenece corre de mi cuenta; por consiguiente, vengo á que me des su dote.

JAV. ¿Su... su dote?

SANT. Sí. (Don Javier baja la cabeza.)

JAV. No puede ser.

SANT. ¡Ah! ¿Es que no quieres tú darle nada de tu cuenta? Bueno. Pero yo tengo mi fortuna propia, y de esa nadie dispone más que yo.

JAV. Es que tampoco eso puede ser.

SANT. ¡Cómo! ¿Te atreves á oponerte á mi voluntad?

JAV. No... No señor... Pero...

SANT. ¿Qué tienes? ¡Ea! Explícate.

JAV. (Con voz sorda.) Que la casa Mendía está arruinada.

SANT. ¿Arruinada? ¡No es verdad: eso no es verdad! (Con brío.)

JAV Es verdad, señor. Tengo que cerrar la fábrica y presentarme en quiebra.

SANT. (Cayendo sentado presa de un gran dolor.) ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! (Un instante de silencio. Después se va reponiendo y animando poco á poco.) ¡Conque esta gran fábrica que fundé solo sobre pocos pies de terreno y que hoy es casi un pueblo, esta casa que supone ochenta años de trabajo incesante se ha hundido en tus manos! ¡Ah, desgraciado! ¿Qué has hecho de nuestra fortuna?

JAV. ¡Yo! El mar ha echado á pique dos barcos y la compañía aseguradora ha quebrado por

imposibilidad de abonar gran número de siniestros marítimos.

SANT. ¿De modo que estamos perdidos? ¿que quinientos obreros con sus familias se van á quedar en la miseria? ¿sin un pedazo de pan? ¿y qué vas tú á hacer? (Pausa)

JAV. ¿Qué voy á hacer? (Separa los papeles que ocultan el revólver y lo coge como para salir de la habitación dispuesto á morir)

SANT. ¿Qué? (Cogiéndole una mano) ¿Eso? ¿Con eso vas á salvar el conflicto? ¡Cobarde! No eres digno de mí... Corazón sin fe y sin ánimo, ¿vas á pagar á tus acreedores con pedazos de tu cráneo? ¡Vaya un hombre de bien! ¡Vaya un industrial honrado! Mírame á mí. Esa ruina, en los últimos años de mi larga vida y en presencia de cuatro generaciones, cuya fortuna desaparece, lejos de hacerme desear la muerte, me infunde nuevo deseo de vivir para velar todavía por vosotros.

JAV. ¡Usted!

SANT. Sí, yo: yo haré lo que tú no quieres hacer.

JAV. ¿Hacer qué?

SANT. Trabajar con ahínco, sin un momento de reposo, trabajar para reconstruir el edificio arruinado, trabajar siempre hasta morir, porque esta es la muerte noble, honrada y heróica; la del soldado en el campo de batalla, la del hombre pacífico en las batallas del trabajo. La vida es un combate perpetuo; el que le huye apelando al suicidio, es un miserable que Dios maldice y la humanidad desprecia. A luchar de nuevo ¡ea! Aun hallaremos amigos que nos presten ayuda.

JAV. ¡Amigos! (Con desconfianza.)

SANT. ¿También dudas de ellos? Es decir, ¡que has perdido la fe en Dios y la fe en los hombres! Te llevo medio siglo de ventaja. Eres un niño á mi lado. Conozco el mundo mejor que tú y sé que en él no todo es cieno; también hay oro y brillantes escondidos muchas veces bajo apariencias humildes. pero no menos ricos por eso: vé, avisa al cajero. Necesi-

to hablar con él. Pero, (Cogiéndole de la mano) ya me has oído; la muerte en el campo de batalla, no en la fuga.

JAV. Perdóneme usted. Estaba loco; usted me ha vuelto la razón y el valor. (Vase.)

ESCENA III

DON SANTIAGO; luego RICARDO y MARTÍN

SANT. ¡El valor! ¡Dios misericordioso, que no me falte á mí en esta dolorosa prueba! (Viendo entrar á Ricardo y Martín.) ¡Hola, amigos míos! (Les da la mano.)

RIC. ¿Qué es eso, don Santiago? Está usted febril.

SANT. ¡No importa!

MAR. Pues hay que cuidarse, don Santiago, y sobre todo comer bien.

RIC. Tiene razón. Es preciso que usted se cuide.

SANT. ¡Oh, sí!... necesito cuidarme más que nunca para hacer frente á nuestra nueva desgracia... á la ruina que ha caído sobre esta casa como un rayo.

RIC. ¡La ruina!

MAR. Yo lo sabía y por eso vengo á ponerme completamente á su disposición en lo poco que valgo.

SANT. Gracias, Martín, muchas gracias.

RIC. ¿En lo poco que usted vale, señor don Martín? (Con intención.)

MAR. Naturalmente, en lo poquísimo que valgo.

RIC. (¿Será hipócrita?)

ESCENA IV

DICHOS y ESTANISLAO

ESTAN. Con permiso de ustedes. (A don Santiago, en voz baja.) Traigo el balance por encargo de don Javier. Suponemos que querrá usted verlo.

SANT. Sí; quiero saber á cuánto asciende el déficit de la casa.

ESTAN. Contando con lo que se ha perdido en los dos vapores faltan todavía trescientas mil pesetas.

SANT. ¿Sesenta mil duros? (Examinando los papeles.) Bueno, espere usted mis órdenes en el despacho.

ESTAN. Está bien. (Saluda á todos y vase.)

SANT. ¡Sesenta mil duros! Esto es lo que hoy se necesita para salvar el honor de la casa.

MAR. ¡Una friolera! (Asombrado.)

RIC. (Con intención.) Alguien hay que acaso podría proporcionarlos.

MAR. ¿Usted sabe? ¡Ah! Pues sería una buena obra, porque esta es una familia tan excelente... Yo la quiero como la mía propia.

RIC. ¿Usted la quiere de ese modo? Entonces, ¿por qué no la salva usted?

MAR. ¿Yo?

RIC. Usted, sí. Présteles usted ese dinero.

MAR. ¿Pero usted dice que...?

RIC. Lo que usted oye.

SANT. Silencio, Ricardo.

RIC. ¿Por qué?... Si usted ha hablado con sinceridad, ¿quién le impide á usted salvar á esta pobre familia?

MAR. No veo la manera.

RIC. ¿Que no? Con los sesenta mil duros que tiene usted en Bilbao, en la casa de banca de Beroaga y compañía. Niéguelo usted.

MAR. ¡Ah! ¿Usted sabe?

RIC. Sí, señor; lo sé yo: lo sabemos todos; sabemos que vive usted en la miseria mientras acumula miles de pesetas para aumentar ese capital.

MAR. ¡Ah, señor don Santiago! Ni me acuerdo siquiera de semejante cantidad. Ahora va usted á saber su origen, y si usted, la honradez y la lealtad en persona, me dice que en conciencia yo puedo disponer de ese dinero á mi antojo, desde ahora mismo lo pongo á su disposición.

RIC. A ver, hable usted, don Martín, hable usted.

MAR. Pues que ese dinero no es mío; es un depósito del cual yo no puedo disponer.

RIC. ¡Un depósito!

MAR. Un depósito sagrado, trasmitido de generación en generación, de padres á hijos, por mi abuelo materno. Fué un préstamo.

SANT. ¿Un préstamo de un millón?

MAR ¡Cá! No, señor. Al principio fué una cantidad poco considerable, pero gracias á los intereses compuestos, que doblan la suma cada catorce años, había cuatro mil duros al terminar el primer período; ocho mil, al terminar el segundo; diez y seis mil, el tercero y así sucesivamente durante setenta años.

RIC. ¿Durante setenta años?

MAR. Justo: porque el crédito que asciende hoy á setenta y cuatro mil duros, data de 1830.

SANT. ¡Mil ochocientos treinta! ¿Y la cantidad primitiva era?

MAR. ¡De dos mil duros!

SANT. ¿Prestados en Valladolid?

MAR. Eso es: en Valladolid (Asombrado.)

SANT. ¿A la puerta de una casa de juego?

MAR. Sí: para salvar el honor y la vida de mi abuelo materno.

RIC Y su abuelo materno se llamaba Romero, ¿no es verdad? (Busca la cartera y saca un recibo.)

MAR. En efecto. ¿Cómo sabe usted?

RIC. ¿Cómo? (Enseñándole un documento.) ¿Conoce usted este nombre?

MAR. (Más asombrado todavía.) ¿Que si le conozco? ¡Valgame Dios!... Pero este recibo .. Justo; es el mismo que mi abuelo indicó en su testamento.

RIC. (Mostrándole á don Santiago.) Amigo Martín, aquí tiene usted el hombre generoso que salvó á su abuelo de usted.

SANT. ¡Calle usted, por Dios, don Ricardo!

MAR. ¿Usted, don Santiago, usted fué?

SANT. (Cogiendo de la mano á Martín.) Aquí no hay nadie generoso más que usted; usted que ha podido disponer de esta suma, ó al menos de una buena parte de ella, y que sin em-

bargo, la ha conservado íntegra para un acreedor desconocido, sufriendo privaciones y estrecheces, y haciéndoselas sufrir á su hija del alma. Eso es honradez, eso es virtud que Dios recompensará en esta vida ó en la otra.

MAR. Ya me la ha recompensado quitándome ese enorme peso de encima. ¿Sabe usted lo que era esa deuda antigua de familia? ¡Un cuidado horrible!... ¡espantoso!.. ¡Tener las inquietudes de la riqueza sin ninguno de sus goces! ¡Ah! ¡Gracias á Dios que tengo esos sesenta duros... digo, esos sesenta mil menos sobre la conciencia! ¡Uff, al fin respiro!

RIC ¡Ah, mi buen don Martín, perdóneme usted!

MAR. ¿A tí? digo ¿á usted?

RIC. Sí; á mí, que le calumniaba, que le acusaba de avaro y que creía que su hija de usted era millonaria.

SANT. Por lo cual, á pesar de quererla mucho...

MAR. ¿No quería casarse con ella?

RIC. Pero ahora que es pobre, señor don Martín, ¿quiere usted concederme la mano de Ernestina?

MAR. ¿Que si quiero? ¡Virgen santísima! ¡Lo que pregunta!... Ven aquí, Ricardo de mi vida, yerno mío... dame un abrazo.. ¡Ay!... No creí que diera tanto gusto llamarle yerno á un médico.

SANT. ¡Ea! gracias á Dios, se ha salvado el honor de la casa: ahora hay que pensar en el honor de la familia. (Llamando.) ¡Javier!... ¡Estanislao!

ESCENA V

DICHOS, JAVIER, ESTANISLAO, CARMEN y JULIA

JAV. ¿Qué ocurre?

SANT. Que ya podemos pagar á todo el mundo. A setenta años de distancia, un favor hecho al azar, ha producido un interés considerable.

JAV. ¡Es posible!

SANT. (Señalando á Martín.) Era verdad que poseía sesenta mil duros... pero ese dinero es también mío, es de los dos... ¿verdad, Martín?

MAR. De usted todo. Con un regalillo para Ernestina me contento.

SANT. Nada de suspensión de pagos ni de trabajo en la fábrica. Todo seguirá como hasta ahora.

JAV. ¡Ah, padre mío! ¡Siempre ha de ser usted nuestro salvador!

SANT. ¡Carmen, tengo tu dote!

CAR. ¡Mi dote! (Con espanto.)

SANT. ¿Pues qué? ¿No tienes que casarte por necesidad?

CAR. ¡Casarme! (Bajando la cabeza.)

JULIA ¡Hermana mía! (Bajo á Carmen.)

SANT. (Aparte, mirando á Carmen.) (¡Ese terror! ¡esa palidez! ¡Oh, mis dudas!) Espérame aquí, vuelvo pronto. ¡Ea, señores, no perdamos tiempo! Vamos al despacho, que todo el mundo sepa que la caja está abierta y que hace frente á todos los créditos. ¡Vamos!

MAR. Yo voy corriendo á sacar los fondos.

SANT. Vaya usted, sí... Mi carruaje le llevará á Bilbao en tres minutos. Javier, Ricardo, venid conmigo.

RIC Pero, señor; ¡usted se está matando!

SANT. ¡Yo! ¡Bah! Jamás me he sentido mejor que ahora. (Se va con Javier, Ricardo, Martín y Estanislao.)

ESCENA VI

CARMEN y JULIA

JULIA Ya has oído, quieren casarte con ese infame... y eso no lo consentiré, suceda lo que quiera. Esta existencia es un suplicio de cada hora, de cada minuto... Mi hijo está enfermo... sus gritos me enloquecen y tengo que fingir indiferencia... Sufre y apenas me

atrevo á acercarme á él por miedo de despertar sospechas.

CAR. Ricardo le cuida.

JULIA Y cuando separo mis ojos de la cuna tengo que fijarlos en tí. . ¡Ah!... No, ya no es posible que tu abnegación continúe envileciéndome más aún que me envilecería la confesión de mi deshonra. Lo revelaré todo y quedarás justificada.

CAR. Y te matará tu marido.

JULIA No me importa.

CAR. ¿Y tu hijo, qué va á ser de él?

JULIA ¿Mi hijo? ¡Qué sé yo?

ESCENA VII

DICHOS, JUANCHO

JUA. ¡Señorita!...

JULIA ¿Qué? (Alarmada.) ¡Ah! ¿Eres tú, Juancho?

JUA. Perdón, señoritas... Pero el niño enfermo anda y he visto ahora, y he pensado que yo cuidaría, si la señorita quisiera... porque mi madre puede y mi hermana cría.

JULIA No, déjanos, Juancho, ¿quién te manda venir aquí? Te encuentro á cada instante á mi lado.

JUA. Es que yo veo mucha tristeza en la señorita y yo sangre de mis venas daría por usted... y es que... yo sé todo...

JULIA ¿Qué?

JUA. Sé todo, todo... y el niño traje yo de Arratia para que usted tranquila fuese á recibir á su marido, y casasen bien don Esteban y la señorita Carmen.

CAR. ¿Cómo?

JUA. Pero más triste cada vez veo... y no sé si culpa tengo... y como el niño enfermo anda cada vez...

CAR. ¿Tú sabes? ¿Has dicho que tú sabes? ¿Y que tú trajiste al niño?

JUA. Sé todo, sí, y mandé traer al niño, porque don Esteban dijo que trajera.

CAR. ¿Y has hecho eso tú contra mi honor?

JUA. No, no. Por salvar señorita Julia, y usted casarse luego, y todo bien quedaba.

CAR. ¡Oh! ¡Desgraciado, calla! Y si la quieres no digas nada. El infame Muruaga se ha valido de tí para comprometernos á los dos.

JUA. Para que nadie supiera la verdad. El quiere casarse y tener el niño como suyo. Infame no es...

JULIA ¿Y de quién es sino suyo? ¿Quién más que él ha traído la desolación á esta casa? (Con desesperación.)

JUA. ¡Suyo, suyo! Pero no va á casarse con la señorita Carmen.

CAR. ¡Conmigo! No, no se casará. Antes la deshonra y la muerte.

JUA. ¿No se casará?

JULIA ¡Silencio! ¡Alfredo llega! ¡Vete, vete! (A Juancho.)

CAR. Y ni una palabra de lo que sabes.

JUA. ¡Suyo, suyo! ¡Y el á mi no me ha dicho que era suyo! ¿Y no se casará?.. (Pausa. Se va muy preocupado y gesticulando.)

ESCENA VIII

DICHOS y ALFREDO

ALF. (Muy conmovido.) Carmen, vengo á despedirme de usted.

CAR. ¡Adiós, Alfredo, adiós para siempre!

JULIA (¡Y soy yo quien los hace desgraciados! ¡Ah! No, no será.)

ALF. Pero no he querido separarme de usted sin darle una prueba más de mi cariño.

CAR. ¿Cuál?

ALF. Mi perdón.

CAR. Gracias, Alfredo. Algún día sabrá usted que no soy indigna de él.

JULIA ¡Indigna! ¡Oh! Carmen no necesita el perdón de nadie. Es un ángel, yo lo juro.

ALF. Y yo lo creo. Pero ¿por qué insistir en una mentira que causa la desventura de todos? ¿Por qué?
CAR. ¡Adiós, adiós, Alfredo!
ALF. Adiós. (Va á salir y le detiene Esteban.)

ESCENA IX

DICHOS y ESTEBAN á tiempo que va á salir ALFREDO

EST. Un momento.
ALF. ¡Usted, á mí!
EST. Necesito darle una explicación de lo que pasa.
ALF. ¿Se la pido yo á usted por ventura?
EST. Pero conviene que usted sepa que si es imposible su matrimonio con Carmen, es por culpa mía.
ALF. ¿De usted?
EST. Yo quise ocultar la verdad hasta el último momento, sobre todo para que no muriera de pena el anciano patriarca de esta casa, cuya simpatía me fué imposible conquistar. Ahora se resigna y no pone obstáculo ninguno á que Carmen sea mi esposa.
CAR. ¡Su esposa! ¡Jamás!
ALF. ¿Qué dice usted?
CAR. Digo que nunca perteneceré á ese hombre.
EST. (Frío pero contrariado.) ¡Carmen! Demasiado sabe usted que yo debo darle á usted mi nombre y que tengo ya el consentimiento de todos.
CAR. ¡Pero el mío no! ¿Se imagina usted que porque me ha reducido á la desesperación de una deshonra inmerecida, iba yo á doblar la frente ante la última de sus infamias y aceptar su nombre que sería para mí una ignominia mayor que la que todo el mundo me supone? Se ha equivocado usted, señor don Esteban.... Caiga sobre mí la vergüenza de que se me juzgue su manceba, pero no el oprobio de ser su esposa.

ALF. ¿Qué más tiene usted que decir á esta señorita?

EST. (Reponiéndose.) Que no sabe todavía de lo que soy capaz.

CAR. ¡Oh, sí! de todos los crímenes imaginables. Me lo ha probado usted de sobra. Pero la infamia tiene un límite y ese no lo traspasará usted.

EST. ¿Y si me empeño en traspasarlo?

ALF. Se encontrará usted conmigo.

EST. Cuando usted quiera.

ALF. Cuanto antes. Lo deseaba con ansia. (En voz baja.)

SANT. Quiero ver á Carmen.. que me dejen solo con ella. (Salen por el foro Alfredo y Esteban. Julia y Carmen los observan.)

JULIA ¿Qué se han dicho?

CAR. No sé; pero temo una desgracia.

JULIA ¡Oh! Yo la evitaré. Juancho me ayudará. No temas. (Vase)

ESCENA X

CARMEN, DON SANTIAGO

SANT. Al fin nos vemos á solas, hija mía, por primera vez desde que hiciste aquella terrible confesión.

CAR. ¡Es verdad, señor! (Bajando la cabeza)

SANT. Tranquilízate y mírame sin miedo; que no soy juez implacable, sino padre cariñoso.

CAR. ¡Ah, sí; el mejor de los padres!

SANT. (¡No es esta la mirada de un alma criminal!) ¿De modo que tú amabas á Esteban hace tiempo?

CAR Sí, hace tiempo.

SANT. Y con un amor tan ciego y tan irresistible que lo olvidaste todo.

CAR. Sí... sí...

SANT. ¿Y caíste en sus brazos, (Movimiento de horror en Carmen.) sin temor á la cólera de Dios y la de tus padres?

CAR. Así fué en efecto.

SANT. ¿Y no te acordaste de mí? ¿De este pobre viejo que esperaba morir tranquilamente al lado tuyo y bendiciéndote porque le habías hecho dulce la vejez y consoladora la muerte?

CAR. ¡Abuelo! ¡Abuelo mío! (Llorando.)

SANT. Y no te digiste: «¡Ah! ¡Como va á padecer aquel corazón que me quiere tanto! ¡Qué tristes serán sus últimos momentos! ¡Qué amargas sus lágrimas postreras!»

CAR. ¡Basta, por compasión! ¡Usted no sabe lo que sufro!

SANT. No; si no quiero atormentarte; no quiero que llores... Me callaré... ¡No te preguntaré más! Ven aquí, ven á mi lado.. como en los días sin nubes de nuestra pasada felicidad...

CAR. Pasada, sí, para siempre.

SANT. ¡Ea! Enjuga ese llanto y todo se acabó. ¡Que los otros te juzguen como quieran y te condenen! Más tarde se calmará su cólera y te perdonarán. Yo no puedo esperar mucho tiempo y tengo que perdonarte en seguida.

CAR. (Arrodillándose á sus pies.) ¡Oh qué bueno es usted! (Le besa la mano.)

SANT. De rodillas... de rodillas delante de mí como cuando eras pequeñita y yo te enseñaba á rezar tus primeras oraciones... ¿te acuerdas?

CAR. ¡Cómo olvidar, señor, aquellos días venturosos!

SANT. Y no habrás olvidado que la primera oración de todas era una que tu propia madre había compuesto para tí.

CAR. Es verdad.

SANT. ¿Pero de seguro que después acá no habrás vuelto á rezarla?

CAR. ¿Que no? ¡Siempre!

SANT. ¡Siempre!

CAR. Todas las noches y todas las mañanas.

SANT. ¿Todas las noches y todas las mañanas desde que la aprendiste hasta ahora?

CAR. Sí, señor; hasta ahora.

SANT. ¿Y no has dejado de rezarla ni un solo día?

CAR. Ni uno solo.

SANT. ¿Y al rezarla te has acordado siempre de tu madre?

CAR. Como si ella misma me la estuviera enseñando todavía.

SANT. ¿Y te has confesado culpable delante de todo el mundo? ¡Tú deshonrada!... ¡No!... ¡Has mentido!

CAR. ¡Abuelo!

SANT. ¡Has mentido! ¡No hay hija que se deshonre entre dos oraciones elevadas al cielo con el alma puesta en la memoria de su madre!

CAR. Pero, ¿usted cree? (Con espanto mezclado de satisfacción.)

SANT. Yo creo que te has calumniado generosamente, que te has sacrificado por algo ó por alguien.

CAR. Calle usted, abuelo mío, por Dios. (Tapándole la boca.) No diga usted eso delante de nadie.

SANT. ¿Que no? ¿Y la justicia? ¿Y la verdad? Suceda lo que quiera, es preciso decirla y la diré. (Llamando.) ¡Javier! ¡Julia!

ESCENA XI

DICHOS, JAVIER, RICARDO y JULIA

JAV. ¿Qué ocurre?

SANT. Sabedlo y decídselo á todo el mundo: Carmen es inocente.

JAV. } ¡Inocente! { (Con duda.)
RIC. } { (Con sorpresa.)

SANT. Sí; ¡se ha calumniado!

JAV. ¡Imposible!

SANT. ¡Quién puede dudar cuando lo aseguran cien años de honradez intachable!

JAV. Pero entonces, ¿de quién es ese niño que acaba de morir? (Julia apareciendo en la puerta derecha, cae de rodillas junto a la silla más próxima.)

JULIA ¡Mi hijo! (Con desconsuelo.)

TODOS ¡Su hijo!...

CAR. Julia, ¿qué bas hecho? (Acudiendo á ella.)

SANT. ¿Y el padre quién es?

ESCENA XII

DICHOS, JUANCHO. Luego ALFREDO

JUA. ¡Desgracia, señor, desgracia!...

SANT. ¿Eh? ¿Qué ocurre? ¿Alfredo? (Carmen da un grito.)

JUA. No... don Esteban pasaba á su habitación por pistolas mientras don Alfredo esperaba en el jardín... Yo llamé á don Esteban para decirle que caldera de vapor funcionaba mal y... se acercó al horno... y... no sé... cayó... y se revolvía rojo... rojo... y allí queda...

SANT. ¡Juancho!

JULIA ¡Era el padre! (A don Santiago.)

SANT. ¡Oh! ¿qué habéis hecho?

JUA. Suyo... suyo... ¡Infame!... (Se retira murmurando.)

ALF. (Saliendo.) El capitán Plasencia acaba de llegar.

JULIA (¡Mi marido!)

ALF. Ha visto el espectáculo horrible de don Esteban carbonizado en el horno de la fundición.

CAR. ¡Alfredo!

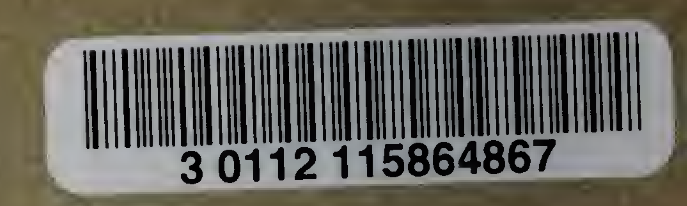
ALF. ¡Ah, Carmen mía!...

JAV. (Mirando por el foro.) ¡El capitán se acerca! (Don Santiago se va á la puerta del fondo y desde allí cubriéndola con su cuerpo dice lo siguiente á los personajes que hay en escena, con misteriosa solemnidad en voz baja y reposada.)

SANT. ¡Ahora, silencio! La muerte ha borrado las huellas del deshonor... ¡Olvido eterno, hijos míos, olvido eterno!... y dejad que extienda sus alas sobre todos nosotros el ángel piadoso de la misericordia!... (Se retira de la puerta para dar paso al capitán. Julia avanza para recibirle también. Cae el telón.)

FIN DEL DRAMA




3 0112 115864867